

**LAURA MONTOYA Y PERALTA, CONJUGACIÓN LITERARIA DE LA
SANTIDAD EN ANTIOQUIA EN *AUTOBIOGRAFÍA DE LAURA MONTOYA*
UPEGUI Y *EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE*
DE TOMAS CARRASQUILLA NARANJO**

JORGE ALONSO SIERRA VALENCIA

Trabajo de Investigación como requisito para optar el título de:

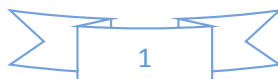
Magister en Literatura

Asesor: **Luis Fernando Macías Zuluaga**

Magister en Literatura

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE COMUNICACIONES
MAESTRÍA EN LITERATURA
MEDELLÍN - COLOMBIA**

2017



Magíster LUIS FERNANDO MACÍAS ZULUAGA

Como Asesor del Trabajo de Investigación: LAURA MONTOYA Y PERALTA, CONJUGACIÓN LITERARIA DE LA SANTIDAD EN ANTIOQUIA EN *AUTOBIOGRAFÍA* DE LAURA MONTOYA UPEGUI Y *EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE* DE TOMAS CARRASQUILLA NARANJO, realizado en la Maestría en Literatura de la Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia, por el candidato a Magíster en Literatura, JORGE ALONSO SIERRA VALENCIA, AUTORIZO, la presentación del citado Trabajo de Investigación, dado que reúne las condiciones necesarias para su defensa.

En Medellín, a 25 de septiembre de 2017

El Asesor del Trabajo de Investigación,

Fdo. LUIS FERNANDO MACÍAS ZULUAGA

**LAURA MONTOYA Y PERALTA, CONJUGACIÓN LITERARIA DE LA
SANTIDAD EN ANTIOQUIA EN *AUTOBIOGRAFÍA* DE LAURA MONTOYA
UPEGUI Y *EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE*
DE TOMAS CARRASQUILLA NARANJO**

JORGE ALONSO SIERRA VALENCIA

Nota de ACEPTACIÓN: APROBADO

Asesor del Trabajo de Investigación: Magister Luis Fernando Macías Zuluaga

JURADO:

Magister Víctor Julio Romero Rodríguez

JURADO:

Doctor Oscar Hincapié Grisales

COORDINADOR de la Maestría en Literatura:

Dr. Juan Fernando Taborda Sánchez

NOTA: La Universidad de Antioquia no se responsabiliza de las ideas expuestas en este Trabajo de Investigación; su responsabilidad es exclusiva del autor.

Universidad de Antioquia, Facultad de Comunicaciones
Medellín – Colombia, 25 de septiembre de 2017

DEDICATORIA

**A mi Madrecita, Luz de Jesús Valencia Cadavid,
la persona más especial que me dio Papá Dios,
quien me ha brindado las bondades de la vida,
el amor, la educación y la fe en Jesucristo.**

AGRADECIMIENTOS

A mis hijos amados Alejandra de los Vientos, Pablo Andrés del Sol, Mariana de los Ángeles y Diego Alejandro, quienes representan la grandeza y la bondad del Creador para servir a los demás con fortaleza y amor.

A Luis Fernando Macías Zuluaga por su bondad humana y académica para orientarme en esta labor literaria e investigativa

CONTENIDO

Pg.

INTRODUCCIÓN	8
1. CAPÍTULO PRIMERO: PROBLEMA	13
2. CAPÍTULO SEGUNDO: METODOLOGÍA	14
3. CAPÍTULO TERCERO: PARALELO LITERARIO ENTRE LAURA MONTROYA UPEGUI Y PERALTA EN <i>AUTOBIOGRAFÍA</i> Y <i>EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE</i>	15
3.1. Similitudes en los orígenes y contextos vitales pueblerinos y campesinos de Laura Montoya y Peralta	15
3.2. El buen obrar cristiano, la caridad y la opción preferencial de Laura Montoya y Peralta por las personas más necesitadas	17
3.3. Lenguajes literarios campesinos, costumbristas y coloquiales existentes en <i>Autobiografía</i> y <i>En la diestra de Dios Padre</i>	20
3.4. Los celibatos de Laura Montoya y Peralta, personajes solteros con vocaciones individuales para servir a los demás	22
3.5. Laura Montoya y Peralta propiciadores y mediadores de milagros, sanaciones y prodigios con la naturaleza y con las personas	24
3.6. Laura Montoya y Peralta, víctimas de críticas, blasfemias y envidias infundadas por su manera de servir al prójimo en las sociedades en las que vivieron	33
3.7. Encuentros, duelos y triunfos de Peralta y Laura Montoya al enfrentarse al Diablo	40

3.8. Ascensos a los altares de Laura Montoya y Peralta por sus milagros, obras de caridad y amor al prójimo	44
4. CONCLUSIÓN	47
5. ANEXOS	48
5.1. ANEXO 1. APUNTES ACERCA DE LA HISTORIA DEL GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO	49
5.2. ANEXO 2. DATOS BIOGRÁFICOS Y LITERARIOS DE LAURA MONTOYA UPEGUI Y TOMÁS CARRASQUILLA NARANJO	52
6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	61

INTRODUCCIÓN

El origen de la fe Católica en territorio colombiano, se remonta a las primeras imágenes y símbolos religiosos que trajeron los españoles, desde su llegada a las playas caribeñas del Océano Atlántico, en lo que ahora se conoce como la región del Darién, límites de los departamentos del Chocó y Antioquia con el istmo de Panamá. En aquel entonces según el relato de Fray Bartolomé de las Casas los recién desembarcados llamaron al lugar, Santa María la Antigua del Darién, haciendo honor a la madre de Jesucristo y como lealtad al legado que les habían encomendado los reyes católicos españoles que patrocinaron la expedición que encabezó Cristóbal Colón. Para 1514 ya ese poblado era sede episcopal del virreinato con obispo católico.

Tiempo después la ruta colonizadora y evangelizadora de los españoles se encaminó por el río Cauca en territorio antioqueño encabezada por el mariscal Jorge Robledo, en el recorrido encontraron un especial paraje al que fundaron en 1541 como Santa Fe de Antioquia, un nuevo lugar nombrado con criterio religioso católico, tanto en relación con la santidad como en memoria de la región de Antioquía, territorio que mencionan los Hechos de los Apóstoles y donde predicaron los santos Pedro y Pablo. Años después esta villa fue designada como capital de la provincia de Antioquia, reconocimiento que tuvo durante más de 200 años. En Santa Fe de Antioquia se construyeron con el paso del tiempo 8 templos, varios claustros y conventos que albergaron monjes, frailes, sacerdotes y religiosos procedentes de España que fueron adoctrinando a los habitantes aborígenes de la región.

Con los conquistadores fueron llegando las imágenes religiosas, los ritos, los sacramentos, los villancicos, el santoral, las fiestas patronales y los demás asuntos relacionados con la religión católica. También con los expedicionarios llegaron los diáconos, frailes, monjes, misioneros y sacerdotes que fueron fundando conjuntamente pueblos y parajes que llamaron con los nombres de santos que ellos ya traían de la historia de la Iglesia católica. La herencia religiosa cristiana fue transmitida por varias generaciones mediante la catequización de los habitantes de los pueblos en templos, escuelas, colegios y

hogares. La enseñanza del temor a Dios y el amor al prójimo como principios rectores de la fe fueron partes sustanciales del referente social y religioso de la sociedad antioqueña de aquella época.

El testimonio de amor por los semejantes predicado y practicado por algunos monjes, frailes, sacerdotes y religiosos fue llenando de esperanza la vida de muchos esclavos y nativos que abrazaron la fe católica por el servicio desinteresado que recibieron en las horas de enfermedad, tristeza y soledad. Las clases más pudientes integradas por españoles y sus hijos criollos tenían los principios religiosos desde sus raíces. Por su parte muchos religiosos solicitaban en España ser incluidos en las comitivas para viajar a evangelizar en América, entre ellos llegaron el jesuita Pedro Claver, el dominico Luis Beltrán y otros personajes que se solidarizaron con las más pobres, dando testimonios de santidad que se fueron difundiendo entre los habitantes y los pueblos, como testigos de los milagros y sanaciones propiciados por esos hombres revestidos de amor y generosidad con los esclavos, indígenas y desposeídos.

En la Colonia el avance de la expedición española llegó hasta las estribaciones montañosas de la zona occidental del valle de Aburrá. En 1616 se dio la fundación de un pequeño poblado al que llamaron Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, un lugar habitado por un grupo reducido de indígenas. En aquel entonces avanzó la evangelización y la presencia de la religión católica. Los templos de las iglesias de la Candelaria construida desde 1649 y de la Veracruz desde 1682 se erigieron como los centros religiosos centrales de la capital antioqueña.

En los siglos XVII y XVIII con el dominio de la corona española se continuó con la construcción de establecimientos e instituciones católicas que se fueron extendiendo de manera paulatina en territorio antioqueño. En esas tareas intervinieron religiosos Jesuitas, Franciscanos, Agustinos y otras comunidades religiosas que ya estaban asentadas en Suramérica y Colombia. Las tierras cercanas a las playas del mar Atlántico y a las riberas de los ríos Cauca y Magdalena contaron con la presencia de representantes de la religión Católica. Las misiones evangelizadoras fueron estableciendo en esos parajes centros

religiosos y educativos para transmitir las ciencias y la religión. Fue a través de la educación en escuelas, colegios, conventos y templos donde se instauraron formas colectivas para impartir la catequesis y la iniciación en la fe y los sacramentos.

También en la ruta colonizadora de los españoles y criollos se fundó en el norte antioqueño en 1778 el pueblo de Santo Domingo en honor al santo español Santo Domingo de Guzmán Garcés, fundador de los Dominicos, inicialmente se erigió una pequeña capilla en la encumbrada villa. Esta localidad antioqueña fue posteriormente la cuna natal en 1858 del escritor Tomás Carrasquilla Naranjo, autor del cuento *En la diestra de Dios Padre*; allí Carrasquilla conoció desde los primeros años de vida la fe católica como herencia de sus padres y familiares.

Por su parte la conquista española también incursionó por territorios del suroeste antioqueño desde mediados del siglo XVI, los españoles Juan Badillo y Francisco César conocieron un lugar encumbrado habitado por indígenas que llamaron Gorí; por la poca evidencia de yacimientos de oro no se quedaron largo tiempo. Solo fue en la época republicana colombiana cuando se fundó en 1851 por ciudadanos antioqueños la llamada población de Jericó; nombre que se eligió rememorando la tierra mencionada en la Biblia, cerca del río Jordán donde el profeta Josué predicó al pueblo israelita en su paso por el desierto. Durante el siglo XIX en Jericó, Antioquia, la devoción y la fe católica imperaron, muestra de ello fue la construcción en la localidad de 16 capillas y templos en honor a diferentes advocaciones religiosas católicas que denotaron el emprendimiento arquitectónico y piadoso de sus pobladores. El 26 de mayo de 1874 nació allí en Jericó Laura de Jesús Montoya Upegui, en esa localidad inició la existencia en el seno de un hogar compuesto por su padre, Juan de la Cruz Montoya y su mamá María Dolores Upegui. Los nombres de sus antecesores y el de ella, hablan de la profunda penetración de la religión católica entre sus antecesores. Pronto su padre fue asesinado y empezó para Laura un interesante proceso de formación católica al lado de su madre y sus abuelos.

En los siglos XIX y XX la presencia de la religión católica en las costumbres y ritualidades de las vidas de los habitantes de Colombia y Antioquia fue dominante, casi la totalidad de las personas eran creyentes. Para ese tiempo el catolicismo era la religión oficial en Colombia, fue determinada por la Constitución Política de Colombia de 1886, con la cual se le devolvió el poder perdido al Catolicismo en constituciones anteriores; en dicha Carta política nacional liderada por el Gobierno conservador del presidente Rafael Núñez, el país fue encomendado al Sagrado Corazón de Jesús como su patrono y, por ende, solo se le podía rendir culto a la Iglesia católica. En los siglos XIX y XX la influencia de la religión oficial era de grandes proporciones en la conciencia y el diario acontecer de los ciudadanos de Colombia y de manera puntual en Antioquia. El mandamiento fundamental que se enseñaba en templos y hogares católicos era: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo” Allí estaba condensado el reto general de los bautizados para poner en práctica las enseñanzas de los evangelios.

Un amplio número de imágenes y pinturas del santoral español se podía apreciar en los templos, capillas y santuarios que se habían construido desde la Colonia. Para aquel momento histórico las fiestas patronales religiosas se celebraban de manera pública y jubilosa. La celebración de la Semana Santa y otros rituales fervorosos en torno a la fe Católica de los antioqueños, indicaba que la celebración y la conmemoración de la pasión, muerte y resurrección de Cristo era todo un episodio especial en el acontecer cultural de los pueblos, se respetaban los días pascuales y no desarrollaban labores o jornadas de trabajo. Los cortejos y desfiles de estudiantes y ciudadanos en las procesiones estaban en el programa de escuelas, colegios y grupos de mujeres y hombres de la Legión de María y de los caballeros del Santo Sepulcro.

Es en el marco de este contexto social, cultural y religioso antioqueño de los siglos XIX y XX donde se desarrollan dos obras literarias relacionadas con la santidad de sus protagonistas. La primera es el cuento de Tomás Carrasquilla Naranjo, *En la diestra de Dios Padre*, publicado en la revista literaria El Montañés en 1898, medio que circulaba en Medellín, cuento en el que se describen las aventuras caritativas y milagrosas del personaje

central, Peralta. En esa historia literaria aparecen en escena Jesús Nazareno y san Pedro en condición de campesinos premiando a Peralta con varios deseos que él fue encaminando para singulares aventuras con la Muerte, el Diablo y la ascensión a la divinidad después morir y de pasar luego por el Cielo y el Infierno. La segunda obra es *Autobiografía, historias de las misericordias de Dios en un alma* de Laura Montoya Upegui, obra que cuenta historias de la vida con sentido religioso y literario. El contexto vital de los episodios y capítulos que narra en primera persona están enmarcados en años de conflicto político interno colombiano, durante ese tiempo ella fue dando los pasos iniciales para descubrir la vocación de servicio a los demás con la opción preferencial de ayudar a los más necesitados, hasta llegar en la vida adulta a desempeñarse como maestra y misionera en diferentes regiones de Antioquia. Eligiendo a los indígenas de la región occidental como el centro de su labor misionera. Fue en ese marco histórico religioso que se gestaron estas dos narraciones literarias acerca del “Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo”.

1. CAPÍTULO PRIMERO: PROBLEMA

En este Trabajo de Investigación para optar al título de la Maestría en Literatura, de la Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia, el problema a desarrollar es la construcción de un paralelo literario entre Laura Montoya Upegui, en el libro *Autobiografía o historias de la misericordia de Dios en una alma* y Peralta en el cuento *En la diestra de Dios Padre* de Tomás Carrasquilla Naranjo, a propósito de la concepción y conjugación de la santidad en el contexto de la sociedad antioqueña de los siglos XIX y XX.

2. CAPÍTULO SEGUNDO: METODOLOGÍA

Este trabajo de investigación, con enfoque cualitativo, ha tenido como propósito central la búsqueda, hallazgo y argumentación de las relaciones literaria entre los personajes de Laura Montoya Upegui en el libro *Autobiografía* y Peralta en el cuento *En la diestra de Dios Padre*, para la construcción de un paralelo literario enfocado en la noción de santidad en la Antioquia de los siglos XIX y XX.

La investigación se ha desarrollado mediante la búsqueda de similitudes y diferencias entre los personajes literarios mencionados por medio de las narraciones que hay en ambas obras, y se ha complementado con aportes de otros trabajos investigativos relacionados con el tema.

3. CAPÍTULO TERCERO: RELACIONES LITERARIAS ENTRE LAURA MONTOYA UPEGUI Y PERALTA EN *AUTOBIOGRAFÍA Y EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE*

Las relaciones halladas en este ejercicio investigativo permiten la construcción de un perfil de la santidad en Antioquia en los relatos, historias, milagros y ficciones que surgen desde los dos textos abordados. Con el enfoque cualitativo de la investigación los dos textos literarios permitieron la asociación de ocho aspectos paralelos.

3.1. Orígenes y contextos vitales pueblerinos y campesinos similares en Laura Montoya y Peralta

Tanto Laura Montoya como Peralta tienen ubicación vital de sus hogares en pueblos y regiones campesinas antioqueñas. La *Autobiografía* de Laura Montoya comienza con el apartado: *Lugar de nacimiento - Mis padres*, donde cuenta sus datos familiares e indica cómo quedó huérfana cuando estaba muy pequeña:

Comenzó lo que impropriamente llamo mi vida en Jericó de Antioquia, el 26 de mayo de 1874. Fueron mis padres Juan de la Cruz Montoya y Dolores Upegui. Ambos cristianos sinceros. No conocí a mi padre. De él solo sé que fue comerciante y médico, que sus costumbres fueron intachables y que su sangre hervía cuando se trataba de la defensa de la verdad y la justicia. Que murió sin sacramentos, en defensa de la religión, el 2 de diciembre de 1876 (Montoya, 1971, p.41).

El primer párrafo del cuento *En la diestra de Dios Padre* de Tomás Carrasquilla Naranjo empieza con la descripción del lugar donde vivía Peralta. Lo contextualiza en una época en la que había Rey, indica que vivía en las afueras del pueblo, configura el cuento de forma inicial una estampa de la vida colonial española en tierra antioqueña:

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el Rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida (Carrasquilla, 1958, p.518).

Peralta, según el relato, era un hombre de unas características singulares. No era propiamente un hombre hermoso y bien vestido, hacía honor a la humildad y a la feúra:

Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañas que parecían de ternero (Carrasquilla, 1958, p.521).

Evidentemente, son dos épocas diferentes las de los personajes de este paralelo. En el contexto social de Peralta, existía la monarquía, con su máximo representante: el Rey. Para Laura Montoya Upegui, su contexto social y político estaba enmarcado por la gobernabilidad democrática con la figura de Presidente de la República. Para la fecha del nacimiento de Laura Montoya, 26 de mayo de 1874, en Colombia gobernaba el liberal Aquileo Parra.

Peralta mantuvo un bajo perfil durante su vida. A pesar de haber ganado mucho dinero en el juego, no cambió su manera típica de vestir. La descripción de su atuendo ratifica el origen campesino.

Lo más particular era que Peralta con tantísimo caudal como iba consiguiendo no se daba nada de importancia, ni en la ropita, ni en la comida ni en nada, con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirrotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón di agua, pelada y hecha un cochambre (Carrasquilla, 1958, p.521).

Laura Montoya, por su parte, empezó a vivir una vida llena de necesidades, ante la ausencia de su progenitor. Su mamá, Dolores Upegui, tuvo que asumir la responsabilidad económica del hogar y, en algunos momentos, dejarla bajo el mando y el amparo de sus padres y familiares:

“Mi padre muerto hacía poco, mi hogar desecho, mi madre hecha un pozo de lágrimas y ya lejos de mí. Me mostraron la vida negra y me dieron la primera noticia de que inevitablemente tenía que sufrir...” (Montoya, 1971, p.48).

En el cuento de Tomás Carrasquilla Naranjo, se ratifica la condición montañera de Peralta y su permanente vocación por ser humilde. En una ocasión cuando lo mandó a llamar el Rey, para felicitarlo por su gran generosidad, se presentó ante el monarca con la pinta de siempre.

Esto llegó a oídos de su Saca Rial y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a casa del Rey; pero Peralta no hizo caso, sino que tuvo cara de presentársele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo qui un montañero.” (Carrasquilla, 1958, p.522).

1 *Nota aclaratoria:* Las diferentes manifestaciones de la lengua española representadas en las citas textuales mediante arcaísmos, coloquialismos, elisiones, cambios de vocales o consonantes y acentuación son de uso específico según las situaciones de comunicación, de los grupos y de las clases sociales: *casao, pa premiale, cuchino, s'enroscaban, tutumadas, güevos, ai viver, jartando, tánto, casáte, cälle* (v.), *verdá, di aquí pa'cá, dijuntos, caridá, lisiaos, medecinas, máiz*, etc.

3.2. El buen obrar cristiano, la caridad y la opción preferencial de Laura Montoya y Peralta por las personas más necesitadas

La caridad se considera como la actitud del que se interesa con amor por los que se encuentran en situación precaria, se solidariza y ayuda con generosidad y desinterés. En el campo de la caridad cristiana, las obras de Peralta fueron expresiones bondadosas y evangélicas de un hombre humilde que tenía como principio fundamental de su existencia servirle al prójimo. Desde el segundo párrafo del cuento se empiezan a describir las obras de amor por los más necesitados.

No había en el pueblo quién no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llaguentos; él asistía a los enfermos; él enterraba los muertos; se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa (Carrasquilla, 1958, p.518).

La caridad en Laura Montoya Upegui, esa virtud evangélica que consiste en amar a Dios y al prójimo surgieron desde muy temprana edad, las primeras reflexiones y testimonios acerca de la caridad cristiana se fueron evidenciando, ella cuenta que sentía un gusto especial apoyando a las personas que trabajaban para sus familiares en las fincas y zonas campesinas donde pasó algunos años de la niñez y adolescencia.

Nace la caridad. Ya desde los siete años comencé a gustar un poco de la compañía de los pobres y de darles limosna. Para ello gastaba mucho afán en conseguir licencia para visitar a los agregados más pobres de la finca, les llevaba lo que me daban y algo que podía pillarme (Montoya, 1971, p.67).

En la *Autobiografía*, Laura Montoya ratificó la intención generosa y permanente de ayudar a los demás. En varios apuntes de su historia de vida, señaló que esa intención surgió desde la niñez. Ayudar a los pobres a los niños y a los enfermos le producía un sentimiento profundo de amor por los desvalidos.

Cualquiera hubiera creído que, además, tenía vocación para hermana de la caridad, o por mejor decir, sería la única vocación que aparecía, porque tenía una inclinación especial a los pobres y los enfermos, esto parece que nació conmigo, porque desde que tenía unos siete u ocho años, me mandaron a cuidar a una pariente pobre, en una larga enfermedad, y no solo la cuidaba, sino que también le cuidaba los niños y le hacía de comer (Montoya, 1971, p.101).

La caridad de Peralta, según el relato, no tenía límites. Los nobles sentimientos de ese hombre lo identificaban como el más humilde y caritativo de todos los seres humanos, no abandonó nunca su labor de buen samaritano.

“Siguió siempre lavando sus leprosos; asistiendo sus enfermos; y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrado de la tierra” (Carrasquilla, 1958, p.521).

En el cuento de Carrasquilla, una forma puntual para describir la caridad y la generosidad de Peralta es la explicación de las formas de cómo ayudaba a los demás con dinero y cómo le quitaba el hambre a los pobres del mundo. En el marco de un contexto costumbrista, se describe la generosidad en las comidas que se regalaban a los hambrientos. Carrasquilla menciona tres comidas típicas antioqueñas que se repartían sin descanso: la mazamorra, los frijoles y las arepas, las cuales permiten establecer relaciones con la sociedad y la gastronomía antioqueña donde transcurre literariamente el relato.

¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo que ni cocina de minas. Consiguió un montón de molenderas, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los platos de frijol y las arepas de maíz sancochao (Carrasquilla, 1958, p.521).

En la caridad con los enfermos y moribundos, Laura Montoya y Peralta también coincidieron. De manera especial, ambos dieron cuenta de la manera como asumían la asistencia espiritual y humana para los semejantes que sufrían enfermedades y agonizaban.

“La caridad de Peralta fue creciendo tanto que tuvo que conseguir casas para recoger los enfermos y los lisios; y él mismo pagaba las medicinas, y él mismo, con su misma mano se las daba a sus enfermos” (Carrasquilla, 1958, p.522).

Desde la adolescencia, Laura Montoya Upegui ya tenía el amor, la capacidad humana y espiritual para asistir a los moribundos. De forma singular, revela un “gusto especial” para acompañar y asistir con oraciones y rezos los momentos previos a las muertes de vecinos y conocidos.

De esta época en adelante, los enfermos de los contornos corrían de mi cuenta, esto lo hacía ordinariamente acompañada por Carmelita que tenía la misma afición. Mi gusto especial era asistir a los agonizantes en su última hora. Aprendí muy pronto las oraciones de la iglesia propias para ello. Y les ayudaba hasta que expiraban. Por supuesto que este contacto con la muerte ayudaba mucho a mi alma al menosprecio de lo terreno” (Montoya, 1971, p.101).

Peralta, ante el paso vertiginoso de la Muerte, que había regresado al mundo con furia, asumió, con amor y humildad funciones misericordiosas para disponer a los muertos y consolar a los vivos.

“Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende, di aquí pa'cá, en una y en otra casa, amortajando los dijuntos y consolando y socorriendo a los vivos”. (Carrasquilla, 1958, p.524).

Otro aspecto destacable en la *Autobiografía* es la revelación que hace Laura Montoya al explicar que incluso robaba en casa de sus abuelos para repartir lo obtenido sin permiso entre los pobres y necesitados.

En la limosna no falta algo, muy incorrecto por supuesto, porque aunque en la casa me daban que llevarles a los pobres a sus casitas, yo además robaba algo. Siempre quedaron ocultos los latrocinios, porque en la casa había mucha abundancia y no se notaba (Montoya, 1971, p.102).

Pasados algunos meses, me dijo el padre que le hiciera una lista de los motivos que tenía para querer emprender la obra de los indios. Mi sorpresa fue grande, porque creí que ya él, como le había vuelto a mencionar la cosa, la habría olvidado. Le contesté que solo me movía un casi inmenso dolor de que Dios fuera desconocido y de que esas almas se perdieran eternamente. Además, que me sentía como una madre que tuviera tres o cuatro mil hijos perdidos, que así era mi dolor. (Montoya, 1971, p. 344).

En la parte final de la *Autobiografía*, Laura Montoya Upegui hizo una reflexión acerca del amor preferencial de los santos de la Iglesia católica. Expresa un sentimiento especial lleno de caridad y admiración hacia los más necesitados. Para Laura Montoya las condiciones humanas de los indígenas, los vestidos y la miseria de los pobres con quienes compartía le generaban ternura. En la parte final del libro, evidencia una redacción en tono de balance y alabanza con un gran amor misionero.

Los santos han preferido a los pobres precisamente por ese sentido divino que tienen y que nos inclina a lo menos, a lo bajo. Antes amaba yo mucho a los pobres y desde mi niñez me sentía muy bien cerca de ellos, así como a los niños, pero de ahí en adelante, mi preferencia ha crecido y percibido hasta de lejos la presencia de los pobres, por cierta alegría o cierto bienestar que me produce su amistad, o mejor dicho, por cierta ternura que me inspiran sus andrajos y miseria. ¡Benditos sean los pobres, benditos los pequeños! (Montoya, 1971, p.1018).

3.3. Lenguajes literarios campesinos, costumbristas y coloquiales existentes en la *Autobiografía* y *En la diestra de Dios Padre*.

Laura Montoya Upegui utilizó, en la *Autobiografía*, gran cantidad de palabras del lenguaje indígena y campesino. De manera sucesiva, escribió, con las pronunciaciones propias de los nativos, con las formas como hablaban los indígenas de las zonas a donde llegaban las misioneras, utilizando los giros idiomáticos que ella traducía en su obra literaria. Con ello buscaba en primera instancia, dar sentido pedagógico a los diálogos propiciados con los habitantes naturales de la región occidental de Antioquia; y, en segunda instancia, facilitar el entendimiento de los lectores de las historias relatadas en sus libros. Esta acción pedagógica fue concebida desde su inteligencia y capacidad de maestra y misionera.

En el cuento *En la diestra de Dios Padre*, de Tomás Carrasquilla, el registro del lenguaje que predomina es el coloquial, correspondiente al lenguaje campesino de la época, finales del siglo XIX y principios del XX, en el cual se mezclan decires, nombres, apodos y expresiones lingüísticas llenas de costumbrismo.

En el Prólogo de su trabajo académico, Naranjo Mesa (2008) refiere así el estilo literario de Tomás Carrasquilla en sus obras:

Y vemos cómo la sustentación del uso del habla popular en las partes dialogadas del relato —rasgo este que parece típico del escritor costumbrista— encuentra, otra vez, su fundamento de las lecciones: a) fidelidad a la representación de la naturaleza; b) superioridad de la naturaleza sobre el arte; c) carácter científico, más que imaginario, de la obra literaria —recordemos que con Carrasquilla el arte “es una ciencia en forma sintética”, un estudio documentado de la naturaleza humana y colectiva, paisajística; —d) preferencia del colorido, la euforia y la expresividad, la riqueza lexical, las imágenes y las frases hechas, las voces viejas del lenguaje popular sobre el rigor monótono y plano del lenguaje culto y todavía más, preferencia de una combinatoria de ambos lenguajes según las funciones del narrador y las partes del relato (Naranjo Mesa, 2008, p. 11).

En la diestra de Dios Padre, Carrasquilla emplea varias características del costumbrismo: las formas populares del hablar y los giros idiomáticos que reflejan la manera de interactuar de los personajes de este relato. El autor propicia la oportunidad para que el lector conozca las formas idiomáticas propias de la época del texto.

Acerca de esa forma de escribir del autor dominicano, Naranjo (2008) retoma palabras de Carrasquilla que ilustran el estilo, la labor y el compromiso como escritor:

Cuando se trata de reflejar en una novela el carácter, la índole propia de un pueblo o de una región determinada, el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducirse hasta donde sea posible. Nos fundamos en que, siendo la palabra lo que mejor da a conocer al individuo y la colectividad dado que la palabra es el verbo, el alma de las personas, no debe esta palabra por ninguna otra ni más correcta, ni más elegante, porque entonces se le quitará a los personajes pintados o descritos la nota más preciosa, más genuina de su personalidad. De ello resultarían personajes más bárbaros, falta absoluta de sintaxis, pero indudablemente se ganaría en colorido y en fidelidad. ¿Qué esto es chabacano e incorrecto? Lo será; pero no siempre lo pulido, lo culto, lo correcto, es lo hermoso. Un niño gordo y bien formado es muy bello vestido por el último figurín, pero lo es mucho más, desgredado, con la camisa rota y tal vez un poco empegotada la cara.

Se dirá que con este procedimiento se conculcan los preceptos gramaticales. Claro está que sí. Pero si el artista, en su empeño de reproducir lo bello y lo verdadero, no siempre tuvo en cuenta la moral cristiana, ni muchas veces la universal, ni a veces la decencia tan siquiera. ¿Por qué razón ese artista va a ser más respetuoso con la gramática? (Naranjo Mesa citando a Carrasquilla, 2008, p. 11).

Por su parte, en la *Autobiografía* Laura Montoya Upegui toma muchas expresiones populares de los indígenas Emberá y Katíos, las cuales escribió de forma directa. A renglón seguido, le ayudó al lector a entender el contenido, mediante la traducción o aclaración de lo que escribió de manera preliminar en la forma original del lenguaje de los habitantes de la zona rural de Dabeiba y sectores “salvajes”, correspondientes a la época, y en los lugares donde se desarrollaron los diálogos y relatos.

3.4. Los celibatos de Laura Montoya y Peralta, personajes solteros con vocaciones individuales para servir a los demás

En la forma de llevar una vida célibe, Laura Montoya Upegui y Peralta también coincidieron. El protagonista del cuento es presentado como un hombre soltero que vivía con su hermana: “No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida” (Carrasquilla, 1958, p. 518).

En Laura Montoya Upegui, su vocación por la vida célibe surgió desde muy temprano. En la *Autobiografía*, da cuenta de la opción libre que desde niña tuvo por ser soltera. El discurso familiar de contraer matrimonio, ser esposa y madre no le atraía.

Si nos enseñaban algo, era para que fuéramos buenas esposas, si nos hablaban del futuro era siempre como esposas y madres. ¡Qué manía tan marcada en aquel medio de mi niñez! ¡Irremediamente me tenía que casar, como irremediamente me tenía que morir! Esto era quizás lo que hacía mayor mi vergüenza para manifestar mi deseo de hacerme religiosa. Era irme contra una corriente tan fuerte y tan universal, era como burlar una ley ineludible: era como atentar contra la esperanza de mis abuelas. Así lo veía: pero en mi interior, jamás me resolví al matrimonio, le tenía horror, sin entenderlo aún (Montoya, 1971, p.71).

La convicción de llevar vida de soltero en Peralta era profunda, una decisión fundamentada en el amor al prójimo. A las propuestas de casarse, esto le respondía a su hermana que le reclamaba por ayudar a la humanidad.

¿Qué te ganás, hombre de Dios —le decía la hermana— con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo a tánto perezoso y holgazán? Casáte, hombre, casáte pa que tengás hijos a quién mantener.

-Cálle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer, ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quién servir. Mi familia son los prójimos (Carrasquilla, 1958, p.518).

La opción de Laura Montoya por ser soltera se fue fortaleciendo en la juventud y en los primeros años de su labor como maestra. En el desempeño misionero y con el apoyo del sacerdote confesor consolidó la opción radical por el celibato y dio paso a los votos de castidad, pobreza, obediencia y humildad.

Arreglé con el confesor para que me permitiera hacer votos por devoción de castidad, pobreza, obediencia y humildad. Por lo primero, me obligaba a guardarme cada vez más de cuanto pudiera ofender la santa virtud y a no casarme nunca. Esto no era mera fórmula porque no faltaban pretendientes y propuestas matrimoniales pues a los hombres no les bastaba conocer mi profesión de beata, que a nadie ocultaba, para no pensar en mí, porque les parecía que había de cambiar por estar tan joven. No cesaban de molestar, aunque para mí no era molestia, porque apenas los advertía y

aunque jamás me cupo duda acerca del matrimonio, mi voto era como una voz constante de fidelidad a Dios que en algo me aliviaba (Montoya, 1971, p.177).

Un relato de grandeza ante las adversidades es el que narra Laura Montoya acerca de las condiciones de pobreza del pequeño lugar al que llegaron a Dabeiba. Después de diez días de recorrido a caballo, desde Medellín, deja claro la protagonista de esa historia, cómo asumió la pobreza como parte de su método de evangelización. En medio de las incomodidades, Laura expresa gratitud por el descanso a pesar de las limitaciones.

Como pudimos arreglamos en el suelo los neditos y nos tiramos a descansar. La cama no pudo usarse por desvencijada. Dormimos como unas bienaventuradas en medio de los murciélagos y avispa. Decir que el local tenía cien avisperos es muy poco. Los murciélagos grandes como vampiros habían hecho de aquella casa su guarida, dándole un olor nauseabundo, ¡pero nada importaba! ¡Estábamos en Dabeiba! (Montoya, 1971, p.437).

Otras ratificaciones de su opción por el celibato, son los diálogos con los indígenas. En varios episodios del libro, cuenta que fue interrogada por los indios acerca de dónde estaban y quienes eran los maridos de las hermanas y de ella. Al responderles que no tenían consortes, se les ofrecían para casarse y vivir con ellas. Laura Montoya, de manera hábil y mediante diferentes explicaciones, les indicaba que ella no tenía esposo, que su marido era Dios.

3.5. Laura Montoya y Peralta propiciadores y mediadores de milagros, sanaciones y prodigios con la naturaleza y con las personas

Un primer prodigio milagroso que se encuentra en el cuento sucede cuando la Peraltona fue a buscar en la despensa de la cocina algún alimento para prepararles algo de comer a los dos peregrinos. Situación milagrosa acontecida con la sorpresiva visita de Jesús Nazareno y san Pedro a la humilde vivienda o “pajarate” de Peralta.

Abrió la puerta, y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrone, por el suelo, había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falda, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cuchino: las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y s'enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrone estaban rebosaos de frijol cargamanto, de papas, y de revuelto di una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de capachos de sal de Guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz, tan blancas, tan esponjadas, y tan bien asaditas, que no parecían hechas de mano de cocinera deste mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. “Por fin le surtió a Peralta: —pensó la hermana—esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. ¡Hasta ai viver! Pues, aprovechémonos (Carrasquilla, 1958, p.519).

Para Peralta, fue el primer aviso milagroso. Entendió que la visita de los “pelegrinos” había traído acciones portentosas para su casa. Era testigo de un primer milagro patente, al ver la abundancia de comida que había aparecido sorpresivamente en las alacenas.

A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y, con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo, sargentió por todas partes, y, con lo menos roto y menos sucio de la casa, les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual se acostó (Carrasquilla, 1958, p 519).

Una experiencia milagrosa para Laura Montoya Upegui está referida en un episodio donde estuvo a punto de morir. Era la época de las primeras incursiones misioneras en la zona selvática, pleno proceso de avance en la evangelización de los indios. Literalmente, dice que la tendieron en una empalizada para que muriera, pero el milagro de la recuperación de su salud se dio con la aplicación del sacramento de la extremaunción.

Pronto arreglaron un rancho, tendieron palos y sobre ellos ramas y me tendieron a morir, decían ellos, porque estaba morada y casi sin vida. Los demás emprendieron la tarea de arreglar mejor la manera de pasar la noche; prendieron fuego y alzaron una gran pila de frísoles.

“A poco me subió una fiebre que no me permitió saber más de mí. A eso de las dos de la mañana, viendo que me moría, me absolvió el padre y procedió a darme la extremaunción. Pero antes el padre mandó una promesa a San Antonio, ofreciéndole la misa primera que dijera entre los indios, para que

me salvara la vida, pues decía que si yo moría, la obra de los indios y su conversión fracasarían porque ya nadie querría emprenderla, después del resultado de la primera tentativa. Al ir a descubrirme para aplicarme el sacramento, abrí los ojos y conocí donde estaba. Aguardaron un poco y observaron que la fiebre comenzaba a ceder. La alegría de todos no conocía límites; todos se animaron y yo con ellos (Montoya, 1971, p.263).

Un segundo acontecimiento prodigioso en el cuento de Tomás María Carrasquilla ocurrió también con la llegada de los peregrinos a la casa de Peralta. Además de la abundancia en comida, de manera inusitada los enfermos y tullidos que se alojaban allí por la caridad de Peralta se sanaron y caminaron recuperados. Es una descripción similar a algunos pasajes de los evangelios, donde los moribundos y enfermos fueron sanados por Jesucristo.

Peralta se levantó, oscuro, oscuro, y no topó ni rastros de los güéspedes; pero sí topó una muchila muy grande requintada di onzas del Rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto cacao; corrió a contarle a los llaguietos y a los tullidos, y los topó buenos y sano, y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque (Carrasquilla, 1958, p.519).

En la ruta evangelizadora liderada por Laura Montoya Upegui y acatada por sus compañeras misioneras, las condiciones de desconfianza de los indígenas permanecieron largo tiempo. En diferentes momentos, los habitantes naturales de la región insistían en pensar que las hermanas tenían maridos, que ellos llegarían en cualquier momento a quitarles las tierras. De manera permanente las vigilaban: unos entraban a sus casas y dormitorios a ver dónde estaban los esposos, otros querían que ellas se fueran del lugar, incluidos los colonos o civilizados.

En aquellos primeros meses de labor misionera, en un ambiente de inestabilidad permanente se hizo presente un milagro que impactó a los nativos. Surgió el reto de Laura Montoya Upegui de alcanzar una acción portentosa o milagrosa que ratificara el poder de su Dios frente a las creencias y rituales de los indios de la región. Se propició la oportunidad de la consumación del milagro de la expulsión de la plaga de langostas que azotaba desde hacía varios años la región. La autora describe la antesala del milagro, cuando surgió el reto de la acción de poder de Dios ante las preguntas inteligentes que plantearon los indios frente a la catequesis de las misioneras. Se propició el reto para Laura, reto que aceptó como superiora, logrando expulsar ante los ojos de indios a las langostas con la ayuda de Dios.

Pues bien, cuando ya los indios, primeros visitantes de la misión, recibieron las primeras lecciones y supieron que Dios lo había creado todo, preguntaron con particular interés, si también había hecho la langosta. Al oír la respuesta afirmativa, dijeron, entre alegres y descorazonados:

Antonces tu Dios no quiere a indio; ¿pa qué aprende su ley nosotros? ¡El haciendo angosta mucho malo es! A tal frase las misioneras se miraron perplejas y ellos continuaban asegurando que *¿paqué nosotros Dios queriendo y él haciendo angosta pa que indio muera con hambre?*

¿Qué hacer entonces? ¡Oh! Allí en las almas de estas felices mujeres estaba la chispa de la fe y a ella recurrieron.

Después de una ligera reflexión, la superiora les dijo: está bien, si usted se compromete a aprender la ley de Dios y trae los otros indios, yo me comprometo a decirle a Dios que quite la langosta.

¿Será él atiende tu palabra? Le preguntaron y ella no trepidó en asegurarles que sí.

¿Y cómo había de trepidar, cuando sentía el interior testimonio de la legitimidad de su llamamiento a salvar esas pobres almas, y le constaba de la fidelidad con que Dios provee a las necesidades de aquellos que elige?

Con mucha arrogancia los indios aceptaron la propuesta y se convino en que al domingo siguiente ellos vendrían con muchos otros y que ella, la superiora, echaría la langosta. (Montoya, 1962, p.60).

Luego, la autora cuenta, de manera testimonial, lo ocurrido ese domingo en la vetusta capilla ubicada en la plaza central de Dabeiba, haciendo honor al reto aceptado días antes, de echar las langostas del territorio, a cambio de que los indígenas asistieran a la catequesis de las misioneras. Este es un relato textual del milagro que sigue vigente en la región, donde no existen langostas desde ese domingo.

El anhelado domingo se presentó y muy temprano se presentó toda la tribu del Pital. Las hermanas quisieron antes de todo, darles una clase, pero no se presentaron a recibirla. A todo contestaban: *echá angosta adelante* (antes) y en algarabía repetían todos: *¡echá angosta! Con angosta no aprende ley de Dios.*

La superiora invitó a otra hermana y las dos salieron con ellos para el pajarate que llamaban iglesia. Cuando iban, pisaban por sobre una capa de langostas dormidas, pues aún era de mañana y la plaza estaba como tapizada con ellas. Los indios tuvieron miedo de entrar en la iglesia y esperaron a la puerta.

Albín Domicó se hizo jefe de la patrulla y con ademán de vigilante, se colocó adelante y le gritó a la superiora: *Indio ta miedo padentrar, porque será pa cortar cabeza de indios vos; pero yo atisbando pa ver cuándo camina angosta; más mejor quedar aquí.*

Esto es, que él no tenía miedo sino que no entraba para poder ver la fuga de la langosta. Se sentía valiente, pues.

Naturalmente el procedimiento fue aprobado por las misioneras sin explicaciones ni reparos y la superiora arrodillada al pie del altarcito, en donde apenas se veía una imagen antiquísima y rota de la Santísima Virgen, le dijo a Dios: *¡Señor, es cuestión de honor! ¡Es preciso que la langosta deje esta tierra para que estos pobres aprendan tu santa ley!*

Luego rezó, con la otra hermana, un Padrenuestro en voz alta y salieron, al llegar a la puerta los indios corrían a ver la fuga de la langosta y... ¡Oh misericordia infinita de Dios con los pobres salvajes! Aquella nube estremecedora de animales se levantaba del suelo uniformemente y avanzaba como si se levantara un telón inmenso...

Ellas en su regreso caminaron unas cien varas, más o menos, por debajo de aquel telón movible que subía lenta y casi majestuosamente por toda la extensión del valle de Dabeiba. Cuando llegaron a la casa ya estaba como seis o siete metros sobre los techos y pronto desapareció sin que se hubiera podido distinguir la dirección que tomó.

Los indios silenciosos por la sorpresa apenas decían: *¡ya perdió angosta! Dios si oye palabra de hermana. Mucho alegrando, ¡ya puede sembrar!* (Montoya, 1962, p.68).

Otro episodio asombroso incluido en la *Autobiografía* se presentó en una ceremonia de exorcismo colectivo a campo abierto con un amplio grupo de indígenas. La fe y el comportamiento asombroso de la naturaleza fueron algunos de los elementos que llamaron la atención de los testigos de lo ocurrido en las tierras de la misión evangelizadora.

Antes de la misa, dijo el padre que debía exorcizar a los indios que no habían sido bautizados, a los vientos, a las aguas y aquellas tierras que habían sido del demonio siempre. Se subió revestido a una piedra y de allí comenzó su tarea de echar al diablo. Los que no creen en las oraciones de la Iglesia, hubieran estado allí para que hubieran presenciado lo hermoso de aquello y las señales de furia que dio el demonio. Cuando el padre se dirigió a los indios, se produjo entre ellos un movimiento raro, que denunciaba que sentían una fuerza extraña que los invitaba a huir. Hubo que contenerlos. Cuando se dirigió a los vientos, se formaron en el aire unos remolinos que parecían arrancar de cuajo los árboles del rededor. Al dirigirse a las aguas, estas bramaban cual si una corriente nueva las empujara. Pasados los exorcismos todo quedó en la más completa calma (Montoya, 1971, p. 266).

Una tercera situación importante para Peralta se presentó cuando quedó claramente probada su honradez. Fue cuando decidió buscar y perseguir, con premura, a los dos “pelegrinos” para devolverles la mochila con las onzas de oro que habían dejado abandonada en su casa. Ese gesto le hizo merecedor de cinco premios que le otorgó Jesús.

Y Peralta se sentó. "Nosotros —dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa— no somos tales pelegrinos; no lo creás. Este —y señaló al viejo— es Pedro mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro, que no fuera tan cristiano como vos, se guarda las onzas y se había quedao muy orondo. Voy a premiarte: los dineros son tuyos: lleváte los; y voy a darte de encima las cinco cosas que me querás pedir. ¡Conque, pedí por esa boca! (Carrasquilla, 1958, p.13).

En varios episodios milagrosos de Laura Montoya en el libro *Autobiografía*, se nota cómo ella fue descubriendo los poderes milagrosos y sobrenaturales que le concedía Dios para curar a los demás. La siguiente historia corresponde a la curación de una enferma grave que la comunidad le pidió que aliviara en el camino hacia Rioverde.

Cúrela madrecita, me gritaban de las casitas. Naturalmente yo también me iba interesando y desde que llegué a donde se veía la casita, le pedí al Señor que tuviera misericordia de ella. Llegué, desmonté rodeada de todos los que esperaban. Entré y no quise imponerme de la enfermedad, porque tenía afán de llegar antes de la noche a Rioverde. Le puse la mano en el

estómago a la enferma, a la vez que le aconsejaba la resignación en sus dolores. Entonces, padre, sentí que el contacto con la mano había curado la enferma (Montoya, 1971, p.577).

La fama y el buen nombre de Laura Montoya Upegui, como curadora y milagrosa que aliviaba los enfermos y moribundos, se fue difundiendo entre los indígenas y pobladores de Dabeiba, de una manera vertiginosa. En el relato autobiográfico, ella le cuenta al sacerdote confesor que se tuvo que dedicar a recetar a los necesitados y enfermos que le imploraban su intercesión curativa. De forma sincera y clara, cuenta cómo aprovechó el bicarbonato que tenía en su despensa como un remedio efectivo para aliviar muchos males y achaques, con la ayuda milagrosa del poder que le transmitía Dios.

En Dabeiba, padre, tuve que ponerme a recetar. Tenía gran cantidad de bicarbonato y les dije a las hermanas. Con esto hemos de curar a esta pobre gente. Ellas se rieron, pero Dios, como lo necesitábamos, obró por él. Primero fue una mujer con una pierna reventada por muchas partes y con una llaga en ella. Sufría erisipela desde hacía muchos años, estaba palúdica y de 70 años, por lo menos. Naturalmente creo que no se hubiera curado, pero Dios iba a abrirnos camino entre las gentes, curándoles sus achaques, y se valió de nuestro bicarbonato. Le hice cuatro papeletas, le di la instrucción para tomarla que no fue otra que esta: después de cada comida, una... La pobre hija llevó a su madre, que guardaba cama, ya como para no levantarse más, aquella medicina. Se la tomó religiosamente según la importante instrucción y quedó curada. Aquella pierna parecía no haber tenido nunca úlcera y la misma mujer la mostraba diciendo: ¡Mire, ni señas! Pues mire, le dije, ¡qué tan bueno es el bicarbonato! La viejecita quedó perfectamente buena. Al saber esto, las gentes que ignoraban que Dios sólo había sido el autor de esa curación, se agolparon a la casa en busca de remedio (Montoya, 1971, p.462).

Otro de los milagros altamente sorprendente narrado en la *Autobiografía*, fue el relacionado con la resurrección del indígena Próspero Jumí. Este episodio, que tuvo gran difusión entre la comunidad y que generó gran revuelo entre los indígenas y los médicos ancestrales, llamados jaibanaes, fue presenciado por la comunidad en el velorio del joven indígena, que, en medio de la noche, se levantó del ataúd después de varias horas de velación. Luego de esa asombrosa recuperación de la vida, Jumí se puso a conversar con los familiares y vecinos quienes no salían del asombro ante el portentoso milagro que permite recordar los milagros de Jesucristo en los Evangelios.

Llegó un señor civilizado y nos dio la noticia de que Próspero Jumí había muerto y pidió algunas luces para mandarles a los duelos, para esa noche. Todo lo despachamos y rezamos por el alma de Próspero, con la mayor esperanza de que se había salvado. Ya a la oracioncita, es decir, al anochecer, pasaron varios grupos de indios que iban al velorio, o a veloriar, como decían ellos.

Ya estábamos recogidas, después de rezar nuestras oraciones de la noche, en completo silencio, serían las nueve, cuando sentí con una profunda seguridad de que Próspero había muerto sin el bautismo y de que habíamos sido engañadas por los indios al asegurarnos de su bautismo. Me

inundaba algo como una amargura que comprendía bien ser de Dios, por la pérdida del alma de Próspero. No puedo decir que hubiera oído voz ninguna; pero sin que le hubiera oído, entendí de un modo claro que había muerto sin bautismo. Tampoco entendía como en detalle nada sino en conjunto, como una especie de conflicto en mi alma, de donde salía clarísima la seguridad de la muerte sin bautismo de ese infeliz.

Inmediatamente, sin respirar el silencio, ni siquiera advertirlo, les dije a las hermanas:

¡Por Dios! Próspero se murió sin el bautismo y yo no consiento que se pierda.

- ¿Cómo lo ha sabido Madre? Me preguntaron muy asustadas.
- No lo sé. Tan sólo sé que se murió sin bautismo.
- No Madre, me dijeron, creyéndome impresionada naturalmente. Todos aseguraban que estaba bautizado. Tranquilícese.
- Entonces les dije con energía: No, no se trata de nada nervioso; acabo de saber que estaba sin bautizar y ¡no consiento que después de estar nosotros aquí, se nos pierda un indio de los más adictos! No... Eso no lo consiento... En consecuencia, digámosle a la Virgen, que le rezamos esta noche el santo rosario, entero a media noche, para que vuelva Próspero a la vida, a fin de que reciba el santo bautismo. Las hermanas ya no se atrevieron a replicarme, ni les pareció atrevida mi petición, ni dudaron de la verdad del acontecimiento, ni de que la Virgen nos oyera. Todo se hizo como la cosa más común y vulgar del mundo.

Por mi parte quedé perfectamente tranquila y segura de la gracia. Todas nos dormimos como bienaventuradas, sin inquietarnos más por el muerto. A las doce rezamos el santo rosario entero y volvimos al sueño. Muy al amanecer pasaron algunos indios que bajaban del Pital y muy asustados decían:

— ¡Próspero desvelorió! Nohecita ta nosotros veloriando; pero hoy ya desveloriado. Tratamos de pedirles explicación y no salían de decirnos, que cuando lo estaban velando, había vuelto a la vida, porque Madre mucho sabe.

Un poco más tarde pasó el doctor más connotado de la región, al cual llamábamos Chichora, y nos dijo, a la vez que me daba palmadas de cariño y admiración en la espalda:

- Vos mucho sabe. Nosotros doctor muy bueno: pero no sabe pa desveloriar. Madre si mucho bueno pa desveloriar. Próspero tempranito moriendo, cuando ya pintaito, noche ya, Madre desvelorió.

Es decir, que los médicos indios saben mucho, pero que no saben volver los muertos; pero que Madre sí sabe resucitar. Yo le repliqué:

- No diga así, que fue Dios quien lo desvelorió.
- No, respondía. No, nosotros viendo vos desveloriando; nosotros viendo pues... Vos que sabe... ¡Vos mucho querido, nosotros no sabe nada!

En fin no nos quedó duda de que Próspero había vuelto a la vida. Todo el día siguiente estuvieron pasando indios y todos entraban a decir que Madre había desvelorioado a Próspero (Montoya, 1971, p.526).

Esa experiencia de la recuperación de la vida de Próspero Jumí fue asumida por la superiora y sus compañeras de aventura como otra acción milagrosa facilitada por el poder que recibía de Dios mediante la oración de Laura Montoya Upegui. Tras este episodio milagroso narra la autora un posterior diálogo que tuvieron las hermanas con Próspero Jumí quien les ratificó que no estaba bautizado, asunto fundamental para la mediación y

realización del milagro del que fue objeto. Para Laura Montoya y las hermanas misioneras, el acontecimiento especial de aquel momento, lo tomaron como algo normal en su labor misionera. Fue años después que entendieron el prodigioso milagro que habían facilitado con el poder de la oración.

Me convencí de que Próspero debía ser bautizado y en consecuencia fueron las hermanas a visitarlo. El mismo confesó que ni estaba bautizado y se procedió a prepararlo, sin afán, pues él no volvió grave, ni siquiera enfermo sino en estado de completa salud. Sólo estaba un poco debilitado... Por nuestra parte, no vimos mucha novedad en la cosa y aunque agradecemos el beneficio, no nos preocupamos mucho de él. Yo no tenía terror de que las hermanas se habituaran a ver milagros en todo y me apresuré a enseñarles a mirar las cosas de manera providencial y amorosa de parte de Dios, sin entrar a distinguir si era o no obra milagrosa. Esto nos pasó tan desapercibido, como lo de la langosta; pero tampoco nos detuvimos en considerarlo milagro. Sólo después de seis o siete años, un sacerdote, oyéndolo me dijo que era milagro y que debía ser conocido, para la gloria de Dios (Montoya, 1971, p.527).

Otra acción portentosa vivida y protagonizada por Laura Montoya es la que ocurrió en medio de un aguacero en la zona selvática de Dabeiba. Ante la incredulidad de una indígena, con la cual hacía un recorrido a pie hacia la casa de las misioneras, se presentó la ocasión para dar testimonio. Le establecieron un reto a Laura para que la india creyera. Con el poder de la oración, logró controlar el comportamiento de la naturaleza, generando el asombro de la indígena y de las demás hermanas misioneras que la recibieron en casa. De nuevo, apareció la expresión, “Señor, es cuestión de honor” una especial forma de retar a Dios para lograr la conversión de los indígenas y testigos de los milagros. De una manera directa y fluida, describe lo sucedido.

Entonces le dije a Dios, ¡Señor, es cuestión de honor para poder convertir a esta indiecita, que le muestres tu poder misericordioso! Recé recio un padre nuestro. La india se rio y ya las cuatro aguas no cercaban cuajadas hasta de granizo. Continuamos, padre, andando durante el tiempo necesario, para recorrer nuestro camino, es decir, como tres cuartos de hora, perfectamente en seco. El aguacero de adelante, iba retrocediendo a medida que adelantábamos; el de atrás se quedaba siempre a unas o dos tres varas de distancia, conservando siempre la misma; los dos de los lados caían a unas tres o cuatro varas distante de la pareja amada de Dios.

Cuando llegamos a la casa, las hermanas que me esperaban, creyeron que llegaríamos mojadas, salieron llenas de compasión y no fue pequeña su sorpresa al vernos llegar secas y hasta la entrada llegaba nuestro círculo sin caerle una sola gota de agua (Montoya, 1971, p.590).

Otra anécdota bastante importante en la vida de Laura Montoya Upegui fue la relacionada con la agonía y recuperación milagrosa de su madre, Dolores Upegui de Montoya. Este suceso se presentó cuando madre e hija compartían labores pastorales en la zona de Dabeiba. Desde el momento de la decisión de evangelizar a los indígenas, la mamá

de Laura se unió al grupo de mujeres que la acompañaron en la misión. Para el momento de la agonía, además de la angustia de tener a su querida madre en difíciles condiciones de salud, Laura narró en ese episodio cómo tuvo que enfrentar dos situaciones complicadas.

La primera, una indígena adulta de nombre Romualda, dudaba, de manera continua, de las capacidades de ella para lograr la ayuda de Dios en la recuperación de su mamá. Y la segunda, una situación complicada cuando Dolores Upegui viuda de Montoya, su amada madrecita, le protestó la mediación que Laura hizo ante Dios para que no se muriera. Este fue otro acontecimiento milagroso alcanzado con la oración. El milagro se le concedió por encima de las dudas de la india Romualda y de las protestas de su mamá.

En ese tormento estuve hasta que me avisaron que podía entrar a ver a la moribunda. Cuando le avisaron a mi madre que entraba, quiso incorporarse pero no pudo. Me dijo con la voz ya muy quebrantada.

- ¡Me voy hijita! Voy muy contenta ¡No deseo sino a mi Dios! Mi alma lo siente ya... y se calló.
- Las hermanas entre tanto lloraban y yo salí para la capilla. Me siguió la vieja Romualda, como perro que sigue la presa, pues de todos modos necesitaba oír de mis labios alguna palabrita que mostrara descontento con Dios. Tan pronto como me vio me dijo:
- ¡Vieja muere! ¡Vieja muere! Yo sabe. No como ya, esa muere. Sí, sí muere.

Acompañado esto con cierto aire de triunfo. Sin responderle nada a la pobre viejecita, entré a la capilla y me arrodillé. Apenas lo había hecho se acercó la vieja y me dijo:

- ¿Vos diciendo? ¿Ése, Vieja no muera?

Sin darme tiempo para contestarle me dijo:

- Ése no oye, ¡tu palabra pierde! ¡Vieja va a recoger! Pierde tu palabra.

Sin hacerle caso a la vieja, le dije a mi Dios que mi madre era todavía precisa para el noviciado, que era preciso que le concediera la vida por otro tiempesito y que así que tuviéramos quién la reemplazara, se la daba gustosamente. Entre tanto la vieja decía:

- ¡Tu palabra perdés! ¡Ése no oye, vieja muere!

¡Dos tormentos Dios mío! Salí y la vieja seguía conmigo. Encuentro a las hermanas que asustadas salían de la pieza de la moribunda y me dijeron: ¡Si viera! Acaba la hermana de sentarse, pidió leche y la tomó con la mayor facilidad y allá está conversando como si nada hubiera pasado. Entré a ver lo que era y me echó los brazos con ademán de disgusto y llorando me dijo:

- ¡Usted sí que es cruel! ¿Por qué no me dejó morir? ¡Ay! ¿De dónde usted me ha sacado?... ¡Ay! ¡Ya casi iba a ver a mi Dios! ¿Por qué es tan cruel?

¡Ay! ¡Padre de mi alma! ¡Qué sentimientos tan encontrados se apoderaron de mi alma! Ella tan triste, tan deseosa de ver a Dios y yo tan necesitada de ella.

Después de esto, padre, mi madre se convalenció y pudo ayudarme en el noviciado cuatro años. Y la vieja Romualda vivió ocho años más, muy cristiana y amante de nuestro Señor Sacramentado.

Mi esperanza más hermosa es que Romualda está en el cielo. Aunque murió después de la salida de Dabeiba (Montoya, 1971, pp.756 - 757).

La encrucijada planteada en la narración del milagro de la curación de la mamá, es una interesante combinación de ideas de la lucha permanente entre el bien y el mal. De nuevo, el poder de la oración de Laura Montoya se sobrepuso a todas las dificultades, incluida la resistencia a la voluntad de su querida mamá, que ya ella deseaba morir para estar en la presencia de Dios.

En otro episodio literario del libro, Laura Montoya Upegui, de manera sobrenatural, recibió señales en su cuerpo relacionadas con los estigmas o heridas que tuvo Jesucristo en su pasión y muerte. Como una manifestación de la conexión con la divinidad, al estilo de los estigmas que recibió San Francisco, la maestra y santa antioqueña también cuenta literariamente como sufrió el dolor del costado de Cristo, una forma especial de vivir la fe, indicando una relación santificadora de su cuerpo con la oración y aceptación del dolor.

El mismo día de la representación de los tunebos en la casa cural, en unos pocos momentos en que pude quedar sola, mirando un cuadro de Cristo crucificado de la multitud curiosa de los Jerosolimitanos, cuadro que veía por primera vez, me hirió de pronto como un rayo amoroso tan fuerte que a poco, me había encendido físicamente el pecho y la parte del costado izquierdo. Es la primera y única vez que he sentido el fenómeno. A la vez que el ardor interior amoroso, sentía que se agolpaba el calor sobre el pecho y el costado como encendiéndose y con ardor de fuego aplicado a la carne, no superficialmente sólo, sino en toda ella. Mientras duró el ardor interior o crecimiento de amor, sin efusión de lágrimas, como otras veces, sentía el fenómeno, pero no lo advertía. Un poco después cuando comenzó a calmar el ardor interior, advertí y entonces puse la mano sobre el pecho y estaba la ropa caliente cual si hubiera estado al pie de una hoguera. Esto duró poco y si hubiera durado más, quizás hubiera muerto (Montoya, 1971, p.963).

Muchos de estos acontecimientos milagrosos anteriormente narrados estuvieron en el marco de la fe poderosa de Laura Montoya. Desde otra visión humana, resulta interesante el análisis que un médico experimentado que le expresó en la etapa inicial de las labores misioneras, acerca de la resistencia y la capacidad de las hermanas para trabajar en tierras tan agrestes.

Un médico incrédulo y hasta fanático que prescindía de todo lo sobrenatural y aún de Dios, en su vida, me dijo, después de repreguntarme mucho sobre las excursiones: “Conozco los montes de Dabeiba y el Murrí, pues como guerrillero en la guerra, los anduve y le aseguro que si las Misioneras los recorren y conservan buena salud debe atribuirse esto a una causa sobrenatural de Dios o del diablo, eso de ningún modo es natural (Montoya, 1971, p.653)

3.6. Laura Montoya y Peralta, víctimas de críticas, blasfemias y envidias por su manera de servir al prójimo en las sociedades en las que vivieron

Tanto para Laura Montoya como para Peralta, las críticas, mentiras, tergiversaciones y enemigos estuvieron presentes en los comentarios, murmuraciones y acciones destructivas en contra de sus obras de caridad. La esas acciones negativas de opositores y detractores estuvieron a su alrededor para destruir las actividades caritativas que desempeñaban cotidianamente. En el caso del protagonista del cuento de Carrasquilla, su hermana, le recriminaba por las obras de caridad que hacía al socorrer desvalidos y moribundos.

¡Tus prójimos! ¡Será por tanto que te lo agradecen; será por tanto que te han dao! ¡Ai te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés! Bien podías comprarte una muda y comprármela a yo, que harto la necesitamos; o tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tantos hambres. Pero vos no te afanás por lo tuyo: tenés sangre de gusano (Carrasquilla, 1958, p.518).

A Laura Montoya Upegui, la resistencia al odio y la capacidad de amar y perdonar a los enemigos, le fue enseñada desde muy temprano. Su madre Dolores Upegui de Montoya, le enseñó a perdonar de manera genuina al orar con su hija por el alma del asesino de su padre, Juan de la Cruz Montoya. Una actitud evangélica de amar y orar por los enemigos.

Cuando ya grandecita, le pregunté en donde vivía Clímaco Uribe, ese señor que amábamos y que yo creía miembro de la familia, por quien rezábamos cada día, me contesto: “Ese fue quien mató a su padre, debe amarlo porque es preciso amar a los enemigos porque ellos nos acercan a Dios, haciéndonos sufrir”. Con tales lecciones, era imposible que, corriendo el tiempo, no amara yo a los que me han hecho mal (Montoya, 1971, p.42)

En el cuento de Carrasquilla, era la hermana de Peralta la que permanentemente le estaba echando cantaleta por la forma en la que favorecía a los demás. A pesar de las críticas no cambiaba la actitud positiva y generosa que, de manera permanente, tenía con los lisiados y los pobres de su época.

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más peor; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo lámparo; con el fogoncito encendido tal cual vez; la despensa en las puras tablas y una pobrecía, señor!, regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino que todos los lisiados y leproso, se habían apoderao de los cuartos y de los corredores de la casa "convidaos por el sangre de gusano", como decía la hermana (Carrasquilla, 1958, p.518).

Para Laura Montoya, una prueba crucial en su vida laboral y espiritual se presentó después de la publicación del libro: *Hija espiritual*, escrito por el médico *Alfonso Castro*, en el que se denigraron y cuestionaron las labores educativas que desarrolló Laura en el Colegio La Inmaculada. Por esa obra publicada a manera de folletín de la época, se desataron fuertes atropellos, insultos y persecuciones, amenazas y agresiones que ocurrieron en las calles de Medellín contra Laura, tras la difusión del citado libro. En *Autobiografía* da testimonio del desprecio que las gentes le tenían, cómo la perseguían para agredirla y en ocasiones hasta con la intención de asesinarla. El desprestigio fue radical: en varias situaciones estuvo a punto de ser linchada.

Salía a la calle y me seguía la chusma de gentes, gritándome horrores. A veces en la calle me veía atacada por muchachos del pueblo que me tiraban piedra. Hubo vez que caballeros muy serios me llamaban a preguntarme, qué me sacaba con corromper las niñas, y una vez me siguió una mujer mala, armada de un puñal, amenazándome que si me alcanzaba me mataría. Tuve que entrarme a un zaguán y encerrarme en él, porque aunque le pedí defensa a un agente de policía, no me la dio (Montoya, 1971, p.227).

En el caso de Peralta, no bastó que fuera generoso permanentemente con el prójimo para despejar los malos comentarios; también fue objeto de la envidia y los falsos testimonios de vecinos y detractores de sus obras de caridad. Pero en Peralta, su actitud generosa y piadosa se impuso sobre las ofensas y envidias. El qué dirán no fue el marco de su comportamiento social.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas partes socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tanta gente tan mala y tan caudilla echaron a levantarle testimonios. Unos decían que era ayudao; otros, que ofendía a mi Dios, en secreto, con pecaos muy horribles; otros, qu'era duende y que volaba de noche por los tejaos, y que escupía la imagen de mi Amito y Señor. Toíto, esto fue corruto en el pueblo, y los mismos que él protegía, los mismitos que mataron la hambre con su comida, principiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios (Carrasquilla, 1958, p.522).

Para Laura Montoya Upegui, las acciones negativas, las contradicciones y las persecuciones de los envidiosos y enemigos de su obra misionera, estaban determinadas y presupuestadas en el plan de maniobra de su labor evangelizadora. En el libro *Autobiografía* explica cómo se apoyaba en la oración y en la fe, para ponerse firme y perdonar el comportamiento de los detractores. Soportar los tropiezos creados por sus semejantes lo consideró parte esencial de su forma de vivir.

“Llena de gratitud fui a la Virgen y le lloré de agradecida; le dije que me ofrecía para recibir todos los tropiezos que la obra tuviera y que además hiciera la obra del modo más glorioso para Dios y más ignominioso para mí, pues presentía los dolores y calumnias que ella traería sobre mí (Montoya, 1971, p.340).

El mundo de los envidiosos y malintencionados en la tierra fue también concebido y explicado en el cuento de Carrasquilla. En el recorrido de Peralta por el Infierno, se describieron los suplicios que padecían los condenados por la envidia y la maldad en la tierra.

Que por todo esto dizque es que hay en este mundo una gente tan canónica y tan mala, que goza tanto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjuncados y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue que el Enemigo Malo no quiso arriesgar las almas aquellas del Infierno, porque, esas también eran de envidiosos (Carrasquilla, 1958 p.528).

Los comportamientos sociales y legales de la época, como las prevenciones sociales y los prejuicios acerca de los indígenas, eran otros enemigos generalizados de la ideología conservadora dominante de la época. Hasta el cura párroco de Frontino le decía a Laura Montoya que los indígenas eran como animales; para él y muchos de sus feligreses, los indígenas eran inferiores; prácticamente para el religioso, los indios no tenían alma.

Llevábamos una carta del Señor Crespo para el párroco de Frontino. Nos recibió muy bien, pero como él no concebía que unas mujeres pudieran verificar una empresa superior a las más conocidas fuerzas masculinas, nos hizo poco caso. No se atrevió a llamarnos locas porque le costaba el apoyo del señor Crespo, pero se empeñó en hacernos ver lo inútil de nuestro esfuerzo.

Los caballeros y señoras de Frontino nos visitaron y todos se reían del proyecto, cual si se tratará de aventuras de Julio Verne. Como mi nombre no les era desconocido como maestra, emprendieron campaña para comprometerme a poner un colegio allí. El señor cura me decía: Esto es lo más acertado; en los indios no piense, son como unos animales. Yo en diez y seis años que hace que los veo por aquí, no les he visto hacer un acto de racionales y ni se le ha intentado darles idea de Dios. Casi no nos hemos dado cuenta de que tienen alma (Montoya, 1971, p.364).

La discriminación de los indígenas en Frontino, no solo la ejercía el cura, Laura Montoya da cuenta de la manera generalizada como consideraban a los indios la mayoría de personas de ese pueblo. Como una manera de confrontar esas actitudes clasistas y discriminatorias, Laura y las misioneras se resistieron a la aceptación de esas formas crueles y despiadadas como eran tratados por la mayoría de habitantes de esa población antioqueña. Por eso, las hermanas atendían de manera preferencial a las mujeres, niños, ancianos y hombres indígenas, tratando de demostrar consideración y amor con los más

necesitados. Inculcando públicamente la existencia del alma en esas personas despreciadas en esa época de principios del siglo XX.

Hicimos servir comida en el hotel para cuántos indios llegaban. Esto que los sentáramos a la mesa con nosotras causó suma extrañeza al pueblo entero, que no quería abandonar el hotel, para ver aquello tan raro. Todos decían: si son animales, ¿cómo los sientan a la mesa? Al volver a Frontino a devolver las visitas o atenciones que nos habían hecho algunas señoras. Nos seguían algunos indios, los cuales al entrar a las casas, penetraban hasta los zaguanes; allí salían las señoras y entrándonos con suma cortesía, arrojaban a los indios, con además cruel, cual si fueran perros sarnosos que nos siguieran, y que se manifestaban ofendidas, porque lo consideraban un irrespeto a sus casas y a nuestras personas (Montoya, 1971, pp.365 - 366).

Los enemigos de la obra evangelizadora de Laura Montoya y compañeras, se desplegó de varias formas. Una manera era debilitar la iniciativa misionera fue la incredulidad de muchos habitantes de Frontino y sus alrededores. Incluso, el cura párroco del pueblo, singularmente, se atravesó en la iniciativa de las misioneras queriendo desanimarlas. Laura Montoya, como Peralta, no dudó en avanzar y lograr los objetivos que se propuso. No se sometió a una sociedad machista que las consideraba incapaces, o hasta “locas” por insistir en el propósito humanitario y evangelizador que tenían proyectado para los indios.

No las dejamos pasar a Dabeiba. Es una locura insigne eso. Y continuó: Dabeiba está desolada y enhambrecida porque hace siete años la arruina una enorme cantidad de langostas indestructibles, el hambre es espantoso, ustedes no encontrarían nada que comer; el clima es feroz, nadie paga el atrevimiento de entrar allí con menos que con la vida; sobre todo ahora está la fiebre pernicioso encarnizada; hay más de cuarenta casos de Uramita allá. Las gentes son malas y se previenen para no recibir las; las culebras son espantosamente grandes y a nadie les perdonan; ni siquiera el señor cura vive allí por el hambre; los indios ya huyen y siempre se han mostrado fieros e irreductibles; en fin; de ustedes sólo quedará la memoria, si entran allí, dadas las condiciones sociales y de delicadeza en que se han criado. El camino no existe, es una trocha mala y peligrosa; no hay remedio, deben volverse o virar hacia Rioverde, en donde pueden hacer el ensayo, mientras se aburren y se van a sus casas. A nosotros mismos no nos perdonarán si las dejamos seguir (Montoya, 1971, p.432).

Las labores humanitarias y evangelizadoras que lideraba Laura Montoya Upegui con sus hermanas en caridad y servicio a los indígenas, de manera preferencial considerándolos hijos de Dios, les hizo pensar y decir a los habitantes de Dabeiba y sus alrededores que ya no sería normal y aceptado el maltrato, la explotación y el asesinato de los indios. Se empezó a difundir la afirmación que pregonaban las hermanas “que los indios sí tenían alma”:

“Nos daba compasión oírlos decir: “¡Ahora ya no pueden matar a los indios como antes, porque ya las hermanas les están echando alma!” (Montoya, 1971, p. 459).

La defensa genuina de los derechos humanos de los indígenas, por parte de las hermanas, suscitó enemigos entre los civilizados, quienes, durante muchos años, aprobaron el maltrato y la explotación de los indígenas de la región. Las religiosas en una intención pedagógica hacían demostraciones públicas de consideración y atención especial de los indios a la vista de los civilizados incultos para sensibilizar a los indiferentes y a los discriminadores.

En cuanto al escándalo de los civilizados ignorantes, era un poco más malicioso, pero sí en mucha parte, debido a la ignorancia. Estaban ellos acostumbrados a mirar a los indios, como seres peligrosos, asquerosos, ladrones, asesinos, odiosos, maliciosos y cuanto se puede pensar de bajo en la vida, y llegamos nosotras a tratarlos como hermanos, hasta el punto que, si un solo asiento había, la hermana permanecía en pie y el indio se sentaba, se les daba de mismo modo el alimento; en los mismos platos y se hacía en todo con ellos, como si fueran hijos, salvando sólo lo que decencia reprueba (Montoya, 1971, p. 469).

Literariamente para Laura Montoya, la evangelización de los indígenas estaba respaldada en la comprensión de la historia de atropellos, saqueos y maldades a las que fueron sometidos los indígenas. Su punto de partida, como principio fundamental, fue el respeto de las costumbres de los aborígenes; viviendo con ellos, fue comprendiendo su cultura, para luego fortalecerla con mensajes cristianos evangelizadores. He aquí una reflexión profunda acerca de la historia de la etnia indígena americana:

Ellos no eran fieras cuando vino la raza blanca a América; los volvieron fieras los tratamientos irracionales de muchos ignorantes que no entendían el modo de ser del corazón humano. Los atacaron en la médula del alma: en sus tradiciones, y ¿qué querían? Solo nuestro Señor sabe cambiar los corazones y nos enseñó la manera de hacerlo por el amor y el sacrificio. Por eso los misioneros católicos hacen labor; los que quieren entrar a sangre y fuego, se gloriarán después sobre el estrago, no sobre los triunfos (Montoya, 1971, p.637).

La comprensión humana como pedagoga y maestra de larga trayectoria le permitió a Laura Montoya establecer análisis profundos acerca del comportamiento social y religioso de los indígenas. Logró reconocer con claridad la dignidad humana de los habitantes naturales de la región. Desarrolló argumentos humanitarios y religiosos para avanzar en la corrección del pensamiento generalizado: “*que los indios eran animales perversos y destructivos que no tenían alma*”.

¡Es necesario mirar a los infieles como ignorantes, no como perversos! A los niños se les tolera todo porque son ignorantes y a los más niños de todos, que son los salvajes, ¿se les ha de acabar porque son ignorantes? ¡Y si los consideramos perversos, es necesario quitar con maña, la causa de su perversidad que no es otra que su ignorancia! En fin padre, los infieles también son dignos de respeto y a casi nadie se le ocurre que se debe respetar sus afectos más queridos, cuáles son sus tradiciones y costumbres. De aquí también viene el mal éxito de muchas empresas de catequización y reducción de los salvajes. Ellos no miran bien el desprecio con que las razas privilegiadas miran sus cosas más amadas. Y ¿qué perdemos con respetarlas, mientras les mostramos sus inconvenientes y les damos una sustitución digna? (Montoya, 1971, p.638).

En ese estado de cosas, en el que además de sufrir los desprecios de los indígenas, se dio el cuestionamiento de los civilizados. Laura Montoya afrontó con su grupo de misioneras varios enemigos al interior de la Iglesia católica, como monseñor Builes y otros jerarcas religiosos. Sin embargo, esas dificultades y sufrimientos los consideraba como la sal de la vida. Construyó literariamente un elogio a las dificultades como potente oportunidad para ejercer el amor y el perdón con valentía.

¡Ay! ¡Lo que siento, padre, por los que nos hacen sufrir! ¡Verdaderamente veo motivo de agradecimiento! Sufrir es la sal de la vida. ¡Así como la sal preserva de la corrupción, así es el sufrimiento impide que el alma se corrompa engolosinada por decirlo así, con las gracias de Dios! Y ¿qué diré lo que el corazón dulcifica con el perdón y olvido frecuente y repetido de las injurias? ¿Y cuánto gana en lo del propio desprecio? ¡Dios mío! Que a veces no acierto a comprender si valen más las gracias de vocación religiosa, oración, etc. O la de sufrir persecución y calumnia. Todas las gracias de Dios, aunque sean las más grandes, quedan amparadas bajo el paciente sufrir, y libres de la baba que nuestra miserable naturaleza pueda echarles. Benditas cruces, benditos dolores. Por eso, Dios mío, no me los quites, no me prives de ellos hasta que en tus brazos este resguardada por tu vista. Esto lo tengo pedido al Señor (Montoya, 1971, p.835).

En momentos importantes de desolación y persecución a su comunidad religiosa Laura Montoya tomó la decisión de entregarse a Dios. Así, sola y derrotada, se amparó en el consuelo del amor del Creador.

“Por las misericordias de Dios. Por eso le repito frecuentemente: ¡Venciste Señor y en calidad de derrotada, no me queda sino esperarte en el sitio de mi derrota, echada, dejándome querer!” (Montoya, 1971, p.932).

Tras superar muchas dificultades en la vida, que le arrancaron lágrimas y le generaron sufrimientos, Laura Montoya, con actitud noble, escribió también una argumentación acerca de los enemigos, a quienes consideró necesarios para lograr la consagración de las obras misioneras.

Que son mis enemigos, ¡me dirán! Enemigos no los tengo, porque en apariencia lo parecen, son los que me han traído las mejores lecciones de mi Maestro Soberano, son los que me han enseñado la gran ciencia de sufrir por amor, son el cuchillo que me ha operado el amor de este mundo, que cual tumor canceroso, podía llevarme a la muerte del infierno. ¡En fin, no encuentro a quien no amar, porque todos tienen gran derecho a mi amor, y todos los creados son el resultado de una voluntad del Dios de mi alma, que me interesan sobremanera! (Montoya, 1971, p.1191).

3.7. Encuentros, duelos y triunfos de Peralta y Laura Montoya al enfrentar al Diablo, concebido de igual forma

Literariamente son evidentes los conocimientos de Laura Montoya Upegui y de Tomás Carrasquilla Naranjo para la construcción de las dos obras objeto de este trabajo académico. En ambos textos, aparecen los nombres de Jesús Nazareno, san Pedro, santos de la Iglesia católica, referencias evangélicas, lugares religiosos y concepciones cristianas de la vida. Un personaje especial que aparece en la *Autobiografía* y *En la diestra de Dios Padre* es el Demonio, también llamado Satán, Lucifer, el Patas o el Diablo, entre otros nombres incluidos en ambas obras.

En el caso de Peralta la primera situación relacionada con el Infierno y el Diablo se da después de haber hecho uso de los cuatro primeros deseos; le plantea en ese momento una importante pregunta teológica a *Su Divina Majestá*, como llama a Jesús Nazareno, acerca de Satanás y su reino de maldad, el Infierno.

Bueno, Su Divina Majestá; antes de pedirle lo último, le quiero preguntar una cosa, y usted me dispense, Su Divina Majestá, por si fuere mal preguntao; pero eso sí: ¡me ha de dar una contesta bien clara y bien patente! - ¡Loco di amarrar! -gritó San Pedro juntando las manos y voltiando a ver al cielo como el que reza el *Bendito*, va a salir con un disparate gordo. Padre mío, ilumínalo!. El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: “Preguntá, hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré a tu gusto” – “Dios se lo pague, Su Divina Majestá... Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos, go es vusté, go el Padre Eterno” "Yo, y mi Padre y el Espíritu Santo, juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al Diablo le hemos larga (sic) el mando del Infierno: él es amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao (Carrasquilla, 1958 p.521).

Laura Montoya, por su parte, narra en la *Autobiografía* cómo se enfrentó al Diablo. De manera figurada, describe cómo lo recibió, cómo escuchó su voz amenazándola con las maldades que le haría. Sin vacilaciones y con gran decisión, Laura Montoya lo buscó, lo enfrentó y lo sometió:

Me senté a esperar al demonio, y muy pronto vi llegar, por debajo del toldillo un animal parecido a un perro o lobo con cascotes de mula y unos cuernos negros muy retorcidos. Entró y sin abrir la boca me repitió las mismas palabras, que oí del mismo modo y agregó que se vengaría de mí, metiéndole una tentación a mi hermano, con una sirvienta que se hallaba muy dentro del interior de la casa, que era muy grande. No sabía yo que entre el hombre y la mujer hubiera tentaciones, ni de qué clase serían, por eso no me alarmé mucho. Pero el demonio me dijo después, que tumbaría el colegio porque no lo resistía y que lo haría levantando una calumnia contra mí. Entonces quise darle con el Cristo que tenía en mis manos, pero me pareció deshonoroso y me levanté, lo cogí de los cuernos, que eran fríos, muy fríos y los torcí, como haciéndole formar un remolino. Lo estregué contra el suelo y le dije que saliera, que él no tenía que meterse en lo que era mío y que no haría más que lo que Dios

le permitiera. Mientras lo estregaba contra el suelo, le dije que le quedaban muy mal las zancas de mula y que no le tenía miedo, que hiciera lo que quisiera pero que yo contaba con Dios (Montoya, 1971, p.175).

Acerca de la presencia del Diablo en la obra de Laura Montoya Upegui, el teólogo y sociólogo Luis Fernando Vélez Vélez publicó en 1974 un ensayo acerca del tema en la revista Universidad de Antioquia. Una de las primeras afirmaciones que plantea el estudio basado en la *Autobiografía* explica las características literarias zoomorfas y demás aspectos de la apariencia y la personalidad del Diablo.

Pero en presencia de una humanidad primitiva en presencia de los grupos aborígenes de las comunidades iletradas o ágrafas, en cuyas creencias religiosas es tan frecuente este demonio zoomorfo, podemos pensar más bien en un demonio que solo trata de hacerse familiar siguiendo designios ajenos, posiblemente para no causar escándalo futuro a la nueva misionera. Estamos en presencia de un demonio de apariencia muy fea, pero de poquísimos coraje. Un demonio encadenado a quien solo se le permite hacer lo que Dios quiera. A propósito de ese pobrecito demonio tan cobarde, escribe la Madre Laura en otro renglón de su Autobiografía: “*Que enemigo tan pequeño es el diablo*” y se refiere a él en los siguientes términos: “*Ya ve Padre, que enemigo tan pequeño es el diablo. ¡Se deja correr por una mujer...! ¡y haber quienes le tengan miedo! Que un exorcismo de la Iglesia lo arroje, es cosa muy puesta en razón, pero que huya a la voz una mujer... qué humillación para quien tuvo un puesto en la milicia celestial*”.

De los tres enemigos del alma es el menos poderoso, a mi modo de ver. Siempre le enseñado a mis discípulas e hijas, que no den a los ángeles el espectáculo de mostrar miedo por el diablo. ¡Qué dirán los ángeles! ¡Que las hijas se mueran de miedo de un enemigo que su padre tiene aherrojado con cadenas inquebrantables! Por lo que a mi toca, casi me siento señora de él.” (Vélez, 1974, pp.145-146).

En el caso de Peralta, el encuentro con el Diablo se presentó cuando realizaba el recorrido por el Infierno. Allí le propuso al Demonio jugar cartas y dado; a lo cual Satanás se entusiasmó porque sabía lo que era “el almita de Peralta, tan linda y tan bonita”. – Peralta, consciente de los poderes que tenía, retó al Demonio para jugar las almitas de muchos condenados. Con los poderes que le había dado Jesús el Nazareno, derrotó al Diablo.

Hombre, Peralta --dijo el Diablo--, lo malo es que vos no tenés que ganarte, y yo no juego vicio”. -- ¿Cómo no he de tener -- dijo Peralta -- si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con su Mercé, pues también soy muy vicioso. La juego contra cualquiera alma de la gente de Su Mercé. “pues también soy vicioso... El Enemigo Malo, que ya le tenía ganas a esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, le apará la caña al momentico (Carrasquilla, 1958, p.525).

Vélez (1974) explica que el Diablo que describió Laura Montoya en sus obras tiene directa relación con el Diablo que desarrolló Tomás Carrasquilla en el cuento *En la diestra de Dios Padre*, un demonio que correspondía a las concepciones religiosas de la comunidad

Católica antioqueña de los siglos XIX y XX. El estudio también encontró relaciones paralelas en las obras de Montoya y Carrasquilla acerca de las descripciones, diálogos y relaciones con el Enemigo Malo.

Hay presente aquí además una concepción popular sobre el demonio, reinante entre la población antioqueña, retratada con un poco de caricatura por el escritor contemporáneo y amigo de la Madre Laura, Tomás Carrasquilla, el insuperable costumbrista que en su genial relato: *En la Diestra de Dios Padre*, nos presenta un demonio que juega a las cartas las almas que le pertenecen con el bueno de Peralta. La Madre Laura también forcejea con el demonio de una manera muy visible y le quita sus almas, no mediante el juego de naipes sino mediante la aplicación de los Sacramentos. En que ella tiene como obsesión asegurar para Dios las almas y casi que las cuenta con rigor matemático. Esta observación se confirma con sus tratos con Dios para que salve almas como pago por los sacrificios y servicios que ella le ofrece (Vélez, 1974, p.147).

En el paso por el Infierno, los sentimientos nobles y caritativos de Peralta persistieron y se mantuvieron plenos. Las almas de los condenados que fue observando en muchos suplicios en el Infierno, le generaron compasión. Entonces, le propuso al Diablo jugar su alma para tratar de mejorar la situación de muchos condenados que pudo ver en el reino de Satán; fue una nueva demostración de amor a los demás.

Y era este infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizque era de esta moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y que esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y que estas almas, manque los taitas de los cuerpos creyeran que eran pal Cielo, ya estaban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, aunque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros, y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que d ai pendelante las ponían a voltiar en rueda en redondo del Infierno por *secula seculorum amen* (Carrasquilla, 1958, p.528).

El estudio de Vélez (1974) explica que la concepción del Demonio que fue articulando Laura Montoya en *Autobiografía* se basó en el respeto que tuvo por las creencias originales que tenían los aborígenes. Esa aceptación pedagógica que ella le dio a las concepciones religiosas de los indígenas, facilitó su labor evangelizadora y propició un diálogo intercultural y religioso que tuvo como principio importante, la aceptación estratégica de sus creencias para facilitar el entendimiento con los indígenas.

Salvo el demonio que influye en el ánimo de los opositores, de este momento en adelante, la Madre Laura casi que se adueña por entero de la concepción demoníaca del grupo aborigen con el cual empieza a trabajar. Si el catío cree que en la curación interviene Antomía (demonio de los Catíos), la Madre lo acepta; si el catío atribuye a su “patrón” el origen de un ruido o de un bramido para la Madre no hay motivo de contradicción. Cuando reflexionamos sobre este aspecto, entendemos muy claramente que si la Madre Laura no hubiera aceptado consciente o inconscientemente las ideas nativas sobre el demonio, en cuanto a sus manifestaciones y atributos, claro está, su labor habría sido

doble y sus frutos medios. En efecto, no solo se habría preocupado de enseñar al verdadero Dios, sino de destruir las ideas en el falso demonio. Pero no, ella se ocupa de Dios y de enseñar que Antomía es malo porque roba las almas, pero todos los atributos que los indígenas reconocen en su amo diabólico, ella los acepta y comparte y con los aborígenes empieza a ver el demonio en donde ellos lo ven (Vélez, 1974, pp.148–149).

El trabajo académico de Vélez (1974) sobre la presencia del Diablo en la obra de Laura Montoya explica también que las demostraciones e influencias del Demonio en la vida de los habitantes de las regiones rurales donde realizaron la obra evangelizadora, se pudieron reconocer en varias oportunidades con las manifestaciones de la naturaleza o con el rechazo a la ritualidad religiosa católica.

La mayor parte de las intervenciones del demonio, en la vida ordinaria de la misión según los relatos de la Madre, se relacionan con los ritos de consagración de los jaibanaes, la repulsión satánica ante la presencia de los sacramentos y en el lecho de los moribundos, las manifestaciones de los elementos de la naturaleza (aguas, vientos, árboles, animales que se enfurecen, etc.) y sobre todo hombres que se agitan con pavor, principalmente ante la presencia del agua bendita. En todo está el demonio, porque dentro de las ideas teológicas de la Madre Laura, todas las almas no bautizadas pertenecen a él, desde el pecado de Adán (Vélez, 1974, pp. 149–150).

Para Vélez (1974), la relación, el tratamiento y el dominio del Diablo por parte de Laura Montoya, lo explica señalando que Satán fue el enemigo de toda la vida que ella logró someter gracias a su vigorosa oración y a la actitud combativa frente al rey del Infierno.

Fue para ella un demonio aherrojado que sólo pudo molestarla cuanto Dios quiso y en tanto que era permiso divino, su acción sólo sirvió para fortalecer aún más la vocación misionera de la Madre. Su demonio a pesar de que ella lo consideraba pequeño, le resultaba grande porque ella le veía en muchas partes, haciéndole inconscientemente, copartícipe del atributo divino de la ubicuidad. Para ella el demonio fue materia y movimiento, fuerza oculta en la naturaleza y en los hombres, opositor de su obra y alentador de sus adversarios (Vélez, 1974, pp.152-153).

En ese ensayo de Luis Fernando Vélez (1974) sobre de la presencia del Diablo en la obra de la Madre Laura, al final de su trabajo académico y a manera de conclusiones, expresa varios aportes acerca de la concepción, presencia y dominio del Enemigo Malo en el transcurso de la vida de la maestra, misionera y escritora antioqueña.

Como conclusión del presente ensayo, podríamos tener, en primer lugar, la de que la Madre Laura no fue una mujer obsesionada por el demonio. Toda su vida le concedió un papel muy secundario. Su idea era Dios y, en cambio, el demonio solo le resultó un obstáculo incapaz de confundir el sentido de su obra. Vio el diablo, escuchó sus voces, detectó los trazos de su acción y le trató con desprecio (Vélez, 1974, pp.152–153).

3.8. Ascensos a los altares de la Iglesia de Laura Montoya y Peralta por sus milagros, obras de caridad y amor al prójimo

Los honores en el cielo y en la tierra, para Laura Montoya Upegui y Peralta, son otro factor común de este paralelo temático y literario. El humilde protagonista del cuento de Carrasquilla llegó al Cielo caminando después de ganarle al Diablo muchas almas de condenados. El cuento narra la forma como Peralta arribó a las puertas del Cielo.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fue yendo muy despacio, hasta que s'encontró con los tuneros del caminito del Cielo. ¡Aquello era caminar y caminar, y no llegaba! Él tuvo que pasar por puentes de un pelo que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidad que tan solamente Nuestro Señor, ¡por ser quien es, la ha podido medir! Pero a Peralta no le dio váguido, sino que siguió serenito, serenito, y muy resuelto, hasta que se topó en las puertas del Cielo (Carrasquilla, 1958. p.29).

Aparecen en el cuento de Carrasquilla las descripciones de personajes y santos del Cielo, todo en un ámbito religioso católico imperante en la sociedad colombiana de principios del siglo XX. Entran en escena Santo Tomás de Aquino y Santa Teresa para ayudar a resolver las dificultades generadas con las almas que se había ganado Peralta como tahúr en el infierno.

Se volvió el Señor pa su trono, y a un ratico le hizo señas a un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El santo se le vino muy respetoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dio: se le veía, porque de presto se puso descolorido y principió a meniarse el bonete. A ésas le hizo el Señor otra seña a una santica que estaba por allá muy lejos, ojo con él; y la santica se vino muy modosa y muy contenta al llamao, y entró en conversa con Crístico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota (Carrasquilla, 1958, pp.526-527).

El ingreso de Peralta al Cielo literariamente fue un acontecimiento que mereció toda la gala y la aclamación como personaje caritativo que acogió en su hogar y en su corazón a los más pobres de la humanidad. Ese momento especial ocurrió según el cuento en medio de santos, ángeles y discípulos de Jesús.

No bien entendió el Señor, se paró en su trono, y dijo: “Toquen bando y que entre Peralta”. Y principieron a redoblar todas las tamboras del Cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, para oír aquello nunca oído en ese paraje: porque ni San Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la Corte Celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que si asilenciaran los tamboreos, y dijo: “Pongan harto cuidao, pa que vean que la Gloria Celestial no es cualquier cosa!”. Y después se volvió ponde la monjita, y, muy cariñoso, le dijo: “Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia”. La leyenda comenzaba de esta laya: “Nós, Tomás de Aquino y Teresa de Jesús, mayores de edad y del vecindario del Cielo, por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso (Carrasquilla, 1958. p.527).

El desenlace literario del cuento de Carrasquilla es especial, llegó el momento más feliz del relato: los honores a Peralta en el Cielo por orden del Padre Eterno, que le concedió la oportunidad de escoger puesto por las obras misericordiosas ejercidas en la tierra con los más necesitados. Con sentido de gratitud por su buen corazón, el Todopoderoso lo premió y le permitió ubicarse en un sitio privilegiado en la divinidad, al lado derecho del Padre y la Cruz de Cristo.

El Padre Eterno, que en todas las bullas de Peralta no había hablado palabra, se paró y dijo de esta moda: “Peralta, escogé el puesto que querás. Ninguno lo ha ganao tan alto como vos, porque vos sos la humildá, porque vos sos la caridá. Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. No te humillés más, que ya estás ensalzao”. Y entonaron todos los coros celestiales, el trisagio e Isaías, y Peralta, que todavía no había usao la virtud de achiquitase, se fue achiquitando, achiquitando, hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas; y derecho, con la agilidad que tienen los bienaventuraos, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, se acomodó muy bien y se abrazó con la cruz. Allí está por toda la eternidá (Carrasquilla, 1958. p.528).

Para Laura Montoya, la meta estuvo muy claramente definida en sus años de madurez espiritual. Lo fundamental en el relato literario fue la consagración a la Gloria de Dios, mediante el servicio a los demás, y el desprecio de sí misma como persona pecadora, todo como una expresión de santidad.

Os dije entonces, Amor de mi vida: No quiero ya trabajar más haciendo de la miserable Laura la santa que necesitas. Yo la arrojé lejos de mí, la boto para decirle así, porque no quiero perder más tiempo. Ya lo sé que mientras más visto el tal bulto, más desnudo está, mientras más lo adorno, más feo me parece, mientras más lo alío, menos bien me sabe la tal Laura. ¡Es este un trabajo demasiado ingrato! ¡Voy a botarme en tu presencia soberana, a dejarme dentro de tu inmensidad y no volveré a trabajar por rezago tan ingrato! Voy a ponerme a trabajar solo por darte gloria, porque Tú, Bien mío, eres Todo. ¡Eres digno de gloria y de amor! Laura por el contrario es digna de ignominia y de olvido. De hoy en adelante, si ejercito las virtudes, no será para que el bulto resulte virtuoso ni para que sea santa, porque al fin de todo, los santos son grandes, los santos valen porque son monumentos de tu gloria, porque te ensalzan sobre todas las criaturas ¡y no son felices por su propia exaltación, sino por tu glorificación!(Montoya, 1971, p.1124).

Laura Montoya, que estuvo concentrada en las actividades cotidianas durante varios años, confiesa con sinceridad su desinterés por la santidad; dice en la *Autobiografía* que había olvidado ser santa. El desgaste por el servicio a los demás, la había llevado al olvido de sus posibilidades de ser santa; mérito y reconocimiento especial proclamado años después de su muerte.

Consistía en que ya hacía muchos años que mi alma había olvidado hacerse santa. Aunque comprendía que la mayor gloria que yo estaba obligada a darle a Dios, antes que ninguna otra, era la propia santificación, había trabajado desde los primeros años en acumular virtudes y obras meritorias para llegar a ser santa; pero después de muchos trabajos me encontraba sin ninguna virtud y sin mérito de ninguna clase (Montoya, 1971, p.950).

Tal como Peralta, Laura Montoya literariamente demostró en la obra humildad y desprendimiento de la vida ante la llegada inminente de la muerte. Al igual que el protagonista del cuento de Carrasquilla, ella en la etapa de su madurez se declaró preparada para partir de este mundo pasando por las privaciones de la vejez.

Por lo demás no veo la hora de llenar este programa que Dios le ha dado a mi alma para mis hijas, para dejarme caer en paz, ya sea en una cama ya en una tumba. Qué gusto dará al alma Dios cuando ya la vea sin atenciones exteriores y amándolo a él solo, esperando la hora de llamada, en un rinconcito entre humillaciones consiguientes a la vejez (Montoya, 1971, p.1109).

En los años de madurez, y en el marco de la oración y los sueños, Laura Montoya cuenta literariamente como se fue encontrando con algunos santos. Al estilo de Peralta, se fue compenetrando en un mundo de seres santificados como santa Teresita y otros personajes de los altares de la Iglesia católica.

Pues esa noche consentí con Santa Teresita en ser curada, mas no con milagro ruidoso al cual he temido siempre. Sentí cierta unión interior con Santa Teresita y como si estuviera en ella me entendía con Dios así: Si es de mayor gloria tuya, Señor la prolongación de mi vida, te la pido Señor, incondicionalmente y solo por tu gloria. Sentí también fuerte deseo de que la confusión y catástrofe que me tiene anunciada me la dejara para un poco más tarde del tiempo fijado y sentí como Dios aprobaba mi deseo. Le pedí que al curarme no me dejara sin algunos sufrimientos físicos, para así servirle mejor, a la vez que con el trabajo, con los dolores y enfermedades (Montoya, 1971, p.1093).

Tras muchos años de labor misionera y ya en una etapa de gran madurez, Laura Montoya literariamente se refiere a la persistencia de la obra misionera y ratifica su acción combativa con el Diablo para poder entregarse a Dios con plenitud y se despoja de toda vanidad.

Luego me dirigí a mi Dios y embelesada en su belleza, en su infinitad, Boto a Laura, Señor, la tiro; si Tú topas con ella y la haces santa, bueno está; ¡pero yo no soy capaz de seguir manejando bicho tan sucio, adornado maniqué tan ingrato, barriendo tierra tan terrosa! Desde ahora y para siempre me pongo a trabajar por tu gloria, por tus intereses, por tus almas tan bellas y tan mal tratadas por el diablo, que las has hecho inconcebibles; casi ni parecen ya obra de tus manos santísimas! En fin no me sentí ya capaz de trabajar por hacer la santa, porque creo que Dios hace santos en aquellos que le glorifican y se olvidan de sí mismos por el amor a Él (Montoya, 1971, p.951).

En Laura Montoya Upegui, el llamado a la santidad era una orientación de su proyecto de vida que consolidó en los años de madurez. La elección personal del Creador la experimentó desde los primeros años de vida y la identificó con la voz del profeta Jeremías (31,3): “Con caridad perpetua te amé y por eso te atraje a mí”. Dicha elección preferencial la ratificó en sus labores como maestra, misionera y pionera de una congregación religiosa fortalecida por la fe en Dios. El reto de despreciar la vanidad personal la transformó en servicio a los más humildes y necesitados de su época.

Sentí profundo fastidio de trabajar por mi propia satisfacción, sin dejar de ver claro que es mi primer deber el conseguirlo. Hondísima convicción de que solo Dios puede hacer santos y grandísimo deseo de hacer algo por Dios, por su gloria, pero algo grande y desinteresado. ¡Estos tres sentimientos no definidos sino grabados en el alma, me iluminaron acerca de mi camino especial, de mi llamamiento, del objeto de mi creación! (Montoya, 1971, p.1123).

Los testimonios consignados literariamente en sus libros, unidos a los milagros y acciones portentosas recopiladas por la Iglesia católica acerca de sus labores desarrolladas como maestra y misionera, le dieron el honor de tener su nombre en los altares de la Iglesia como la primera santa de Colombia. Ese honor le da mayor fuerza a sus palabras y oraciones consignadas literariamente en su obra autobiográfica al reconocer la elección y predilección de Dios amándola perpetuamente y atrayéndola hacia su gloria.

¡Dios mío! Qué pronto comenzaste a mostrar predilección por esta miserable criatura que tan ingrata te ha sido. Aquí sí mostraste la verdad de aquella palabra: “Con caridad perpetua te amé y por eso te atraje a mí”. Diríase que el materno claustro te priva de estrechar tu criatura con lazos de amor de predilección y por eso te apresuraste a hacerla tuya, metiéndola entre las redes de la gracia santificante, tan luego como estuvo libre del materno encierro (Montoya, 1971, p.42).

El 12 de mayo de 2013, en el marco de la ceremonia de santificación y canonización de la Madre Laura Montoya Upegui en la plaza de san Pedro de ciudad del Vaticano, el Papa Francisco, quien presidió esa multitudinaria celebración, pronunció las siguientes palabras que describen y elogian la vida y obra de Laura Montoya, motivaciones suficientes para ser declarada santa de la Iglesia católica.

Esta primera santa nacida en la hermosa tierra colombiana nos enseña a ser generosos con Dios, a no vivir la fe solitariamente como si fuera posible vivir la fe aisladamente, sino a comunicarla, a irradiar la alegría del Evangelio con la palabra y el testimonio de vida allá donde nos encontremos. Nos enseña a ver el rostro de Jesús reflejado en el otro, a vencer la indiferencia y el individualismo, acogiendo a todos sin prejuicios ni reticencias, con auténtico amor, dándoles lo mejor de nosotros mismos y, sobre todo, compartiendo con ellos lo más valioso que tenemos: Cristo y su Evangelio (Papa Francisco, 2013).

4. CONCLUSIÓN

Este trabajo permite concluir que Laura Montoya, como personaje de la *Autobiografía*, y Peralta, como personaje de Tomás Carrasquilla, obedecen a una misma concepción de santidad, de acuerdo con los puntos de semejanza: origen, lenguaje, vida célibe, amor a los demás, milagros, dominio del Diablo y, además, el hecho de ser víctimas de persecuciones, así como de ser premiados con los ascensos a los altares, en el caso de ella, y *En la diestra de Dios Padre*, en el caso de Peralta, por sus obras de caridad y amor al prójimo. Estos personajes, entonces, encarnan el mismo ideal de santidad, propio de la región antioqueña durante los siglos XIX y XX, con especial obediencia al mandamiento de: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo”.

ANEXO 1. APUNTES ACERCA DE LA HISTORIA DEL GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO

Según estudios históricos del género autobiográfico, el origen evidente de esta forma literaria se remonta a las narraciones de san Agustín (354) en *Confesiones*, este texto, de uno de los primeros santos de la iglesia católica es reconocido como el libro precursor de la forma narrativa autobiográfica.

Los primeros estudios teóricos acerca de la autobiografía como género literario corresponden al filósofo alemán Wilhelm Dilthey. En el libro *el mundo histórico* (1910), explica que la autobiografía está en directa relación con la reconstrucción de la vida por medio de la interpretación de la realidad histórica en la que vivió el autor, identifica en ese texto la formación y el desarrollo de la autobiografía así:

La autobiografía es la forma suprema y más instructiva en que se nos da la comprensión de la vida. En ella el curso de una vida es lo exterior, la manifestación sensible a partir de la cual la comprensión trata de penetrar en aquello que ha provocado este curso de vida dentro de un determinado medio. Y, ciertamente, quien comprende este curso de vida es idéntico con aquel que lo ha producido. De aquí resulta una intimidad especial del comprender (Dilthey 1910, p 224).

Por su parte en sus estudios académicos, el ruso Mijaíl Bajtín (1920) entiende por autobiografía: "la forma transgredente más elemental mediante la cual yo puedo objetivar mi vida artísticamente" (1920-24: 133). Dice el investigador ruso que en la autobiografía se manifiesta una coincidencia entre el héroe y el autor, muy acentuado y prevalente desde el punto de vista particular del autor. Para el teórico de principios del siglo XX, el valor autobiográfico tiene propias características en la forma y el fondo:

Entre todos los valores artísticos transgrede menos a la autoconciencia; por eso el autor, en una autobiografía, se aproxima máximamente a su héroe, ambos pueden aparentemente intercambiar sus lugares, y es por eso que se hace posible la coincidencia personal del héroe con el autor fuera de la totalidad artística" (Bajtín, 1920-24: 134).

El crítico alemán Bernd Neumann (1973) estableció con sus investigaciones que tanto la autobiografía como las memorias nacieron de la biografía, para él las memorias fueron el inicio de esa forma narrativa testimonial y la autobiografía su culminación.

Si las memorias describen los acontecimientos de un individuo como portador de un rol social, la biografía narra la vida de un hombre no socializado, la historia de su devenir y de su formación, de su crecimiento en la sociedad. Las memorias comienzan prácticamente tan solo con el logro de la identidad, con la aceptación del rol social, y la autobiografía termina allí (Neumann, 1973, p.p. 33-4).

Explica el crítico alemán en su trabajo académico que la autobiografía relata por excelencia acontecimientos privados de la infancia, la juventud y la madurez de forma ordenada y en muchos casos de manera reflexiva. Para este autor la consolidación de este género literario ocurrió en la época del Renacimiento.

Según los estudios de Francisco Rodríguez en la revista *Filología y Lingüística*, Karl J. Weintraub (1991), coincidió con Bernd Neumann en decir que la génesis de la autobiografía tiene que ver con la formación de la conciencia individual como parte del desarrollo de la vida burguesa, en esos lugares fue donde se logró el establecimiento de comunidades grandes con desarrollos educativos y culturales que favorecieron el género autobiográfico. (Rodríguez, 2000, p.11).

Dice además Rodríguez (2000) que la génesis y el crecimiento del Cristianismo acentuaron la valoración de la personalidad interior, aspecto sustancial de la autobiografía. El ideal de la personalidad para ese momento histórico se estableció en relación con lo teológico de forma significativa. La actitud santoral basada en la búsqueda de la vida al ejemplo de los evangelios se fue imponiendo con el sacrificio y el martirio de los santos. El modelo de vida de los discípulos de Jesucristo se convirtió en el reto de conocer y cumplir el plan de Dios de muchos monjes, religiosas, ciudadanos y patriarcas mediante las biografías y autobiografías. El heroísmo y la aventura de la antigüedad se transformaron con el paso de las generaciones en la ruta de sacrificarlo de todo para servir mejor a los demás por amor y caridad, fueron en varios casos los relatos autobiográficos las formas de dar testimonio de lo vivido. Aquí encontramos relaciones importantes con *la Autobiografía* de Laura Montoya, impulsada por las orientaciones y hasta penitencias ordenadas por sus confesores y directores espirituales.

Por su parte el francés Georges Gusdorf (1991) planteó la idea que la autobiografía es un género firmemente establecido en la sociedad occidental. También admitió que la primera referencia a este tipo de escritura fue *Confesiones* de san Agustín; sin embargo, explicó que su verdadera madurez estuvo en el Renacimiento. Asimismo argumentó que es un fenómeno propio de la cultura occidental: " No parece que la autobiografía se haya manifestado jamás fuera de nuestra atmósfera cultural; se diría que manifiesta una preocupación particular del hombre occidental" (Gusdorf, 1991, p 9).

Expone en sus estudios el crítico francés que este género propiamente tiene que ver con la preocupación del hombre occidental de complacerse consigo mismo, de considerarse privilegiado y digno de interés para los demás con su historia de vida.

En las últimas décadas el género autobiográfico se ha constituido en un espacio dialógico, amplio, donde conviven elementos referenciales, antropológicos y culturales amparados por una estructura específica y pragmática que lo distinguen de otros géneros de la escritura.

ANEXO 2. DATOS BIOGRÁFICOS Y LITERARIOS DE LAURA MONTOYA UPEGUI Y TOMÁS CARRASQUILLA NARANJO

Tomás Carrasquilla Naranjo nació en el municipio de Santo Domingo, Antioquia, el 17 de enero de 1.858, hijo de Ecilda Naranjo Moreno y Rafael Carrasquilla Isaza. Tuvo dos hermanos, Mauricio, dos años menor que él, quien falleció a los 3 meses de nacido, e Isabel, cinco años menor que Tomás.

Su vida transcurrió entre su pueblo natal Santo Domingo y Medellín, donde estudió algunos semestres en la Universidad de Antioquia. Vivió y trabajó varias temporadas en Bogotá. Tanto en la capital antioqueña como en la capital de la República compartió en las tertulias con grupos de escritores y literatos de su época. Murió a los 82 años de edad, el 19 de diciembre de 1940.

Laura Montoya Upegui nació el 26 de mayo de 1874 en Jericó, Antioquia. Sus padres fueron Juan de la Cruz Montoya y Dolores Upegui. A muy temprana edad, cuando tenía dos años y medio perdió a su papá de forma violenta en una discusión política y religiosa. De ahí en adelante, se inició una vida de dificultades, esfuerzos y logros en los ámbitos vocacionales y de labores como maestra, misionera y escritora. Falleció a los 75 años de edad, el 21 de octubre de 1949, en el Santuario del Templo de la Luz, Casa Madre de Belencito, en Medellín; lugar en donde se puede apreciar y leer buena parte del legado religioso y epistolar de las obras misioneras y literarias que desarrolló.

No conocí a mi padre. De él solo sé que era comerciante y médico, que sus costumbres fueron intachables y que su sangre hervía cuando se trataba de la defensa de la verdad y la justicia. Que murió sin sacramentos en defensa de la religión (Montoya, 2013, p. 41).

Laura Montoya Upegui tomó la decisión, desde niña, de estudiar dada la positiva influencia de su madre, Dolores Upegui, mujer que persistió en la educación en valores de su humilde familia y que se esforzó por levantar con dignidad a sus tres hijos, tras el crimen cometido en contra de su esposo, Juan de la Cruz. Así describe Laura a su mamá, en *la Autobiografía*.

Su carácter siempre igual y gracioso, sin pretender serlo, le conquistaba la amistad y el cariño de los de su esfera y el respeto de sus inferiores. Constante y magnánima en el sufrimiento, enseñó a sus

hijos, fuimos tres, a despreciar lo transitorio y a suspirar por lo eterno. Tan seria en sus afectos, que jamás recuerdo que nos hubiera besado. Lloró la muerte de mi padre ante el sagrario y en la oscuridad de la noche, durante veinte años. Jamás se le oyó una queja y soportó los rigores de una vivez pobre con fortaleza edificante (Montoya, 2013, p.42).

A los 16 años, Laura y su familia decidieron que ella debía estudiar para hacerse maestra para ayudar económicamente a su madre y a sus hermanos.

Yo fui señalada para hacerme en el menos tiempo posible, maestra, no sin temor me eligieron porque todavía no había dado pruebas suficientes que lo atestiguaran lo contrario a la opinión de mis maestros del colegio del Espíritu Santo. Por otra parte la Escuela Normal estaba en absoluto menosprecio social y a ella solo iban niñas de clase baja, con quienes nadie quería verme. No había otros establecimientos que estuvieran al alcance de nuestras posibilidades, ni dieran las garantías de adelanto que éste (Montoya, 2013, p.106).

Entonces, Laura Montoya Upegui se trasladó a lomo de caballo de la región del suroeste antioqueño, hasta Medellín. Se presentó a la Escuela Normal de Institutoras de Antioquia, fue aceptada y aprovechó la oportunidad de recibir una beca del Gobierno para poder estudiar en la capital antioqueña. Se instaló entonces en la pequeña ciudad de finales del siglo XIX, siguiendo los consejos de su madre para hacerse maestra.

Algunos días después pensé que yéndome para la Normal, quizás se dolieran de mí; y después de cumplir los deberes más urgentes de la mañana, me fui sin más recomendación, que mi humilde personilla, mal vestida y peor preparada para atraer las consideraciones de nadie. Salió a recibirme la misma directora del establecimiento (Montoya, 2013, p.108).

Con gran esfuerzo personal y familiar logró estudiar allí, enfatizando su vocación de docente. En 1893, obtuvo el grado de Maestra Normalista. Indica su *Autobiografía* (1971), que la primera experiencia docente fue en Amalfi, en donde fue nombrada directora de la sección superior de la escuela municipal, era enero de 1894. Allí procuró impartir enseñanzas con una orientación religiosa que no fue del agrado de las autoridades del municipio. Sin embargo, el secretario de Instrucción Pública del departamento de Antioquia, Pedro A. Restrepo, la respaldó y no tuvo en cuenta las críticas expresadas por algunos habitantes. En ese episodio, empezaba a perfilarse su espíritu emprendedor, rebelde y con profundos principios humanos.

En agosto de 1895 fue nombrada para desempeñar su labor como maestra en la Escuela Superior Femenina de Fredonia, por quebrantos de salud de su hermana Carmelita, solicitó un nuevo traslado a la Secretaría de Educación Departamental. Entonces fue nombrada para el municipio de Santo Domingo, el 23 de febrero de 1897. Los primeros encuentros o contactos de Laura Montoya Upegui y Tomás Carrasquilla Naranjo se propiciaron allí en la tierra dominicana cuando la joven maestra normalista desarrollaba labores en el Colegio de Señoritas del municipio localizado en el norte del departamento de Antioquia. Allí se inició una amistad que se fortaleció con el paso de los años, la cual permaneció firme y generosa, de manera especial en momentos difíciles que afrontaron conjuntamente.

En cuanto a las tareas docentes como profesora en el colegio de Santo Domingo, Laura Montoya refiere así el traslado que tuvo que solicitar, por motivos de salud de una de sus familiares más cercanas, ante la Secretaría de Educación Departamental en 1897.

“Por motivos de mala salud de Carmelita tuve que pedir cambio de la escuela para 1897. Me dieron la de Santo Domingo” (Montoya, 1971, p.153).

Cuenta Laura Montoya Upegui en el libro que llegó a Santo Domingo, después de pasar breves períodos por Amalfi y Fredonia, donde también desempeñó tareas docentes. En ese momento tenía 23 años.

Llegué a Santo Domingo, y como en Amalfi y en Fredonia, emprendí trabajos con un hermoso número de alumnas inteligentes y ávidas de estudiar. Esa sociedad recibió muy bien a la nueva maestra y como era de cultura especial y en general una sociedad muy cristiana, me llenaron de atenciones. Aquellas alumnas, ya bastante adelantadas, reclamaban mayor esfuerzo de mi parte. Lo hice con mucho gusto y ellas correspondieron a él. Puede decirse que enseñaba como en una escuela Normal y mi empeño de hacerlas adelantar fue muy correspondido (Montoya, 1971, p.159).

Las investigaciones desarrolladas por el equipo de trabajo académico liderado por Jorge Alberó Naranjo Mesa (2008), acerca de la vida y las obras completas de Tomás Carrasquilla, indican que éste conoció a Laura Montoya en Santo Domingo en el año de 1897, cuando ella fue trasladada a ese municipio para trabajar como maestra en el Colegio de Señoritas. Rápidamente el prestigio y calidad formativa de la joven maestra impactaron a la comunidad de esta localidad del norte de Antioquia. Indica el texto que Carrasquilla

con Francisco Rendón escuchaban las clases de la maestra Montoya desde la acera del colegio.

Se sabe también que en casa del abuelo Batista vivían doña María Ignacia Arango de Llano, gran amiga del escritor desde los tiempos del Criadero, quien regentó por muchos años el Colegio de Santo Domingo y que figura como importante personaje en la segunda parte de *Hace Tiempos*, lo mismo que Amalia Salazar, *Melita*, quien se convirtió en la amiga y confidente de doña Isabel, la hermana de Carrasquilla. Se sabe cómo Tomás y Pacho Rendón escuchaban fascinados desde la calle y debajo de la ventana, las clases impartidas por Laura Montoya en aquel mismo colegio para señoritas (Naranjo, 2008, p.38).

Las biografías de la vida y obras de la maestra, escritora y misionera antioqueña, Laura Montoya Upegui, indican que tras pasar por la experiencia como maestra en la tierra de Tomás Carrasquilla, tomó una decisión crucial en su vida: regresar a Medellín, para emprender una experiencia institucional que le marcó claramente su condición de mujer aguerrida, fue el reto de orientar con una familiar educadora el Colegio la Inmaculada de Medellín en los primeros años del siglo XX. Al principio las cosas avanzaron muy bien por la educación que impartían en esta nueva institución, pero luego Laura Montoya Upegui fue objeto de ataques y cuestionamientos por parte de personas influyentes en la sociedad antioqueña de la época, no aceptaron su labor educativa y la orientación impartida a las alumnas, algunas situaciones les llevaron a pensar a los padres de familia, que Laura estaba manipulando a sus hijas y familiares.

Volví a Medellín a abrir matrícula, pero el personal del colegio, no fue ni la mitad del que esperaba. Tomé una casa de menos capacidad y empecé las tareas en pésimas condiciones, la calumnia Castro, unida a las mil que ya habían asomado el año anterior, hizo que los padres de familia se abstuvieran de entregarme sus hijas (Montoya, 2013, pp. 226-227)

En la biografía incluida en el estudio desarrollado por la Universidad de Antioquia acerca de las *Obras Completas* de Carrasquilla, liderado por Naranjo Mesa (2008) también se indica la relación amigable y solidaria entre Laura Montoya Upegui y Tomás María Carrasquilla Naranjo, durante otros episodios de la vida. Un apoyo importante se demostró con la redacción de cartas en defensa de la joven maestra, cuestionada públicamente en Medellín por el médico Alfonso Castro, autor del libro *Hija espiritual*, para desprestigiar y cuestionar su labor como maestra en el Colegio La Inmaculada. La acusó de haber presionado la vocación religiosa de una alumna hermana del médico, quien ya estaba comprometida para matrimonio con un destacado integrante de las clase pudiente de la

ciudad. Esa cancelación de la boda afectaba los intereses sociales y entorpecía las conveniencias de dos influyentes familias de Medellín. Esa acusación generó el cierre del colegio. La carta escrita conjuntamente con Carrasquilla fue publicada en Medellín como respuesta de Laura Montoya al médico Alfonso Castro por las mencionadas acusaciones.

Todo se inició por una carta que publicó Laura Montoya pero seguramente redactada por Carrasquilla en respuesta a una novela corta de Castro, *Hija espiritual*, en la que todos adivinaron en el personaje de la señorita Adela el retrato de aquella preceptora, lo cual le causó enorme daño a su obra y a su colegio. Carrasquilla, quien como ya se dijo conocía y admiraba aquella maestra desde los tiempos de Santo Domingo, salió en ayuda, y para cuantos habían leído fue evidente que el estilo de la carta era el suyo. Castro mismo, ante la contundencia de la carta, poco pudo replicar, excepto pedir a Carrasquilla que firmara esa carta con su nombre propio para que el debate se diera entre varones. Más adelante don Tomás dedicó *Mirra* a Castro, como público desagravio, pero los malentendidos no pararon allí y en las décadas siguientes tuvieron duros enfrentamientos en letras de molde (Naranjo, 2008, p.14).

Acerca de esa amistad que nació en Santo Domingo y que se fortaleció con el paso de los años, fue muy propicia la ayuda de Carrasquilla para defender el buen nombre de Laura Montoya; en ese momento el escritor se convirtió en el aliado con vigor intelectual y religioso para responder, entre ambos y de manera contundente a la obra *Hija espiritual*, presentada a manera de folletín de la época por el médico Castro. Así refiere Pascual Gaviria (2013) la redacción conjunta entre Montoya y Carrasquilla en un artículo publicado en el periódico *Universo Centro*.

La carta de unas veinte páginas que escribió bajo la tutoría dialéctica y literaria de Tomás Carrasquilla –incluso aparece en las *Obras completas* del escritor de Santo Domingo– tiene el tono de la diatriba y la cátedra, de la crítica literaria y el cuento raso, de la venganza inteligente y el reto a los enemigos certeros. Y contiene tal vez algunos de los primeros alegatos feministas contra una sociedad donde las mujeres solteras eran una anomalía digna de laboratorio. Es imposible saber qué tanto escribió Carrasquilla y qué tanto dictó Montoya. Pero no hay duda de que hicieron una muy buena pareja literaria y que habrían podido defender con éxito la causa que hubieran elegido. La carta comienza descalificando la novela por armar un personaje siniestro con los defectos que podrían circular por todas las celdas de un convento pero jamás juntarse en el cuerpo de una sola monja. Castro es tildado de constructor de tramas inverosímiles para defender el orgullo familiar y dar un golpe partidista. Según la carta, las escenas perturbadoras que representa la señorita Adela son dignas de un manicomio o un asilo y no de una escuela de señoritas. Muy pronto Castro pasa a ser el acusado de fanatismo y creencias sobrenaturales (Gaviria, 2013, p.12).

Esa carta firmada por Laura Montoya es un completo análisis y una enumeración de razones para desvirtuar las acusaciones que Alfonso Castro profirió contra Laura Montoya. De manera preliminar, la carta saluda y entra a cuestionar el juicio público al que fue sometida la maestra Montoya. De manera contundente, la misiva declara su rechazo a la ridiculización y a la condena pública del trabajo formativo que desarrolló Laura Montoya

en el Colegio La Inmaculada, una magistral respuesta escrita, que contó con la asesoría de Carrasquilla.

Señor Doctor Alfonso Castro.

Son tan graves y poderosos los motivos que me obligan a dirigirme a usted en esta forma, que a impedírmelo no son bastantes ni mi condición de mujer soltera y desvalida, ni mi natural timidez, ni el temor a la publicidad, ni la probabilidad de herir hondamente a una amiga a quien amo, ni, en fin, el asunto tan escabroso y candente en que voy a ocuparme. El móvil que me impulsa es el deber, el deber según mi conciencia y según el dictamen de quienes me la dirigen. Al cumplirlo en esta vez, mi espíritu se turba y mi corazón desfallece, porque este deber es muy extraño e inusitado en una mujer y muy doloroso para cualquiera que tenga de llenarlo.

Soy una calumniada que viene a decirle a un público que ya ha fallado: "Revisad el juicio, revocad la sentencia, porque la condenada es inocente". Tal es mi situación. La mido y la peso y vuelvo a medirla y a pesarla y el desaliento me domina y el temor me asalta, porque presiento lo ineficaz y estéril de mi sacrificio. No puedo detenerme sin embargo. Usted, Doctor Castro, publicó, hace ya algunos meses, una novela con el mote de *Hija espiritual*. En ella, como reproducción fiel de una faz actual de la vía Medellinense, como documento recogido en esta ciudad, exhibe usted una maestra monstruosa e impura; una falsa beata execrable y disociadora que, por envidia de solterona y por manía conventual, sugestionada y transtorna, con sólo un discurso realista e inconcebible, a una de sus discípulas más aventajadas, hasta el punto de hacerla arrepentir de su matrimonio la víspera de las bodas y de convertirla luego, de discreta e interesante que era, en una loca lastimosa y risible que arrulla una astilla de leña como al hijo de sus entrañas. Tal es el argumento de su novela, que tiene pasajes dignos de un aquelarre, como, por ejemplo, la unción con saliva de la maestra a las discípulas y la disección psicológica que usted hace de aquella desgraciada. Pues bien: para el lector que ignore los sucesos sensacionales de la vida Medellinense, no será esta novela sino una ficción más o menos humana, una obra de arte, más o menos bella. Pero he aquí que el público de esta ciudad –para el cual parece escrita más especialmente– no podía ver en ella la copia de acontecimientos y de caracteres imaginarios o generales o anónimos de una novela cualquiera, sino la reconstrucción fiel y circunstanciada de un hecho real muy reciente y ruidoso, escrita por quien debía de estar muy enterado del caso. Y esta vez fue de las pocas en que el público no tuvo el trabajo de señalar en los personajes novelescos a originales de carne y hueso, como es uso y costumbre en tales publicaciones, pues de hecho estaban más que señalados por el autor mismo: por usted, Doctor Castro (Montoya, 1906, p.1).

El ejercicio escritural compartido entre Laura Montoya y Tomás Carrasquilla para refutar las ideas difundidas por el médico Castro, les permitió hacer la caracterización de los personajes de la novela *Hija espiritual*, logrando revelar por Montoya y Carrasquilla las verdaderas intenciones del autor de ridiculizar y satanizar la obra educativa que desarrolló Laura Montoya en el Colegio La Inmaculada. *La carta abierta al Doctor Castro* dio a los lectores la posibilidad de conocer el paralelo de nombres de las personas aludidas en la historia del folletín. Fue un duelo magistral entre Carrasquilla y Montoya contra Castro por la búsqueda de la verdad y la justicia, por medio de la escritura.

Y ya que le evitó a las gentes el trabajo de buscar la clave de tal obra, ya que hizo del sigilo de su arte un asunto al alcance de todos, no tengo yo, a mi turno, qué lanzar nuevos nombres a la pública maledicencia: son las mismas personas que usted lanza. Ni tengo tampoco porque ser más discreta que usted, en este particular. Enumero, pues, como en distribución de comedia:

Nombres novelescos:

Sofía del Río, la novia arrepentida y enloquecida.

Ramiro Blanco, el novio burlado.

Señorita Adela, la desbaratadora del matrimonio.

Nombres verdaderos:

Señorita Eva Castro, hermana del autor.

Rafael Pérez Arbeláez, hoy esposo de la anterior.

Laura Montoya, maestra de la misma e infrascrita.

Sobre estos hermanos suyos y sobre esta maestra, a quien no juzgó como prójimo siquiera, enredó usted la urdimbre de su epopeya, en conexión, por supuesto, con sus padres y su familia de usted. Dígame, Doctor, si miento o desfiguro. Voy, pues, Doctor Castro, a hacerle, a mi vez, y ante el mismo público que usted he escandalizado y lanzado contra mí, el retrato de mi propia personalidad y la narración fiel y exacta de los acontecimientos, en lo concerniente al asunto, por lo menos en cuanto a lo principal. Pongo a Dios por testigo de mi verdad y buena fe.

Mi familia ha sido pobre y humilde; pero limpia y cristiana. En mi hogar hallé ambiente de trabajo, de recogimiento y de piedad. Desde niña ha sido inclinada al misticismo y a la enseñanza. Soy huérfana de padre y, desde que pude trabajar, he ayudado a mi madre y a mi hermana enfermas, y luego las he sostenido del todo, como que soy la única en la familia que puede velar por ellas. Fuera de las relaciones consiguientes al misticismo y a mis obligaciones pedagógicas, no he tenido ninguna otra conexión con el mundo, ni en el sentido de noviazgo ni pretendientes, ni el de diversiones ni esparcimientos, ni siquiera en el de galas y adornos. Mi vida y mis costumbres han sido sumamente simples, sencillas y modestas. Por nombramiento oficial he desempeñado las escuelas de Amalfi, Fredonia y Santodomingo; y, ya por el precepto, ya por el ejemplo, he seguido mi carrera de maestra la pedagogía que se me ha enseñado y que yo tengo por verdadera; a saber: inculcar, antes que las ciencias, ideas y sentimientos cristianos; formar el corazón antes que la cabeza. Por complacer a algunas amigas, y con permiso del párroco respectivo, di en Santodomingo, fuera de la escuela, algunas conferencias, o cosa así, sobre rudimentos de vida espiritual, con la simplicidad, la buena fe y el apostolado que cumplen una cristiana cualquiera (Montoya, 1906, p.3).

Después de varios años de esos acontecimientos de envidias y persecuciones, cuando tenía ya 39 años de edad, Laura Montoya Upegui lideró un proyecto para irse a Dabeiba, acompañada por su mamá y varias amigas catequistas y maestras convencidas del propósito evangelizador y solidario de Laura para los indios de la zona occidental de Antioquia. Con el apoyo y autorización del obispo de Santa Fe de Antioquia, monseñor Maximiliano Crespo Rivera, emprendieron el camino desde Medellín hasta Dabeiba. Según la *Autobiografía*, acompañaron a Laura, Mercedes Giraldo Zuluaga, Matilde Escobar Posada, Ana de Jesús Saldarriaga Jaramillo, Carmen Rosa Jaramillo, María de Jesús López, y su madre Dolores Upegui viuda de Montoya.

Salieron de Medellín hacia Dabeiba el 4 de mayo de 1914, con el ánimo de ser maestras y catequistas de los indios. Llegaron después de un fatigoso viaje el 14 del mismo mes. El objetivo esencial de estas siete mujeres era trabajar por los indígenas de la región. Quienes conocieron y compartieron esos días con Laura, indican que allí tomó la firme decisión de dedicar el resto de su vida al apostolado y a las misiones en tierras de indígenas.

Tiempo después, fundó la Congregación de Misioneras de María Auxiliadora y Santa Catalina de Siena con el grupo de catequistas que la acompañaba. A partir de entonces, se dedicó a fundar centros cercanos a las comunidades indígenas, cuya casa principal estaba en Dabeiba. La presencia de las misioneras que han seguido su legado indica que han desarrollado labores en más de 30 países del mundo durante los últimos 70 años.

En el campo de la escritura, Laura Montoya Upegui dejó varias obras entre las que se destacan: *Autobiografía, historias de las misericordias de Dios en un alma, La aventura misional de Dabeiba, Cartas misionales, Lamos de luz, Brochazos, Fruterito, Manual de oraciones, Nazca allá la luz, Destellos del alma, Voces místicas de la naturaleza y Constituciones de las misioneras.*

La *Autobiografía, historias de las misericordias de Dios en un alma*, fue publicada por la Congregación de Misioneras Inmaculada y Santa Catalina de Siena. Medellín, Colombia, julio de 1971, 1.000 ejemplares. La edición revisada para este Trabajo de Investigación es la quinta, con 1.297 páginas, editada por Carvajal Soluciones de Comunicaciones S.A.S. En esta edición, se incluyen 68 capítulos en donde la autora cuenta los acontecimientos más importantes de su historia como maestra, misionera y escritora.

Acerca del cuento *En la diestra de Dios Padre*, la investigación literaria e histórica desarrollada por el equipo orientado por Jorge Alberto Naranjo Mesa (2008) en la Universidad de Antioquia, indica que el escritor nació el 17 de enero de 1958, en Santo Domingo, Antioquia, y publicó el cuento en 1898:

“*En la diestra de Dios Padre, Dimitas Arias* —de fondo histórico seguro— y *Blanca*, publicados en *El Montañés*, y el ensayo *Herejías*, en la *Miscelánea*, en 1898” (Naranjo, 2008, p. 10).

En el cierre de este trabajo de investigación que tuvo como objetivo el desarrollo de un paralelo literario entre Laura Montoya y Peralta, personajes literarios que optaron por seguir el camino del buen obrar cristiano, también se puede concluir que ambos hacen parte de los Bienaventurados, esas personas acerca de quienes se refirió Jesucristo en el Sermón de la Montaña. En esas palabras están referidas muchas de las obras de caridad y amor a los demás en Laura Montoya Upegui y Peralta, especial conjugación literaria de la santidad en Antioquia.

Jesús al ver a toda aquella muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se reunieron a su alrededor. Entonces comenzó a hablar y les enseñaba diciendo:
Bienaventurados los que tienen el espíritu del pobre: porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los que lloran: porque tendrán consuelo.

Bienaventurados los pacientes: porque recibirán la tierra en herencia.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque serán saciados.

Bienaventurados los compasivos: porque tendrán misericordia.

Bienaventurados los de corazón limpio: porque verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz: porque serán reconocidos como hijos de Dios.

Bienaventurados los que son perseguidos por causa del bien: porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados ustedes, cuando por causa mía los insulten, los persigan y les levanten toda clase de calumnias.

Alégrense y muéstrense contentos: porque será grande la recompensa que recibirán en el cielo; porque bien saben que así persiguieron a los profetas que vinieron antes que ustedes (San Mateo 5, versículos 1–12, 2005, p.16).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bajtín, Mijaíl. (1922). *Estética de la creación verbal*. Traducción de Tatiana Bubnova. Segunda edición. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Biblia Latinoamericana*. (2005) Barcelona: Verbo Divino. 120ª ed.
- Carrasquilla, Tomás. (1906) “Carta abierta al Doctor Alfonso Castro”. En: *Obras completas*. Medellín: Editorial Bedout, 1964. 2 v.
- Carrasquilla, Tomás. (1958). “En la diestra de Dios Padre (cuento de la Señá Ruperta)”. *Obras completas de Tomás Carrasquilla*. Vol. 1. Medellín: Bedout. pp. 518-528.
- Dilthey, Wilhelm. (1944). *El mundo histórico*. Trad. de Eugenio Imaz. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gaviria, Pascual. (mar. 2013) *Protagonista de novela*. Periódico Universo Centro. Medellín. N.º 43. p. 12. Recuperado de <http://www.universocentro.com/NUMERO43/Protagonistadenovela.aspx>
- Gusdorf, Georges. (1991). "Condiciones y límites de la autobiografía". *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Barcelona: Suplementos Antropos. N. 29, diciembre.
- Montoya Upegui, Laura. (1962). *La aventura misional de Dabeiba o brochazos históricos sobre los orígenes de la Congregación*. Madrid: Coculsa.
- Montoya Upegui, Laura. (1963). *Cartas misionales 1915-1922*. Madrid: Coculsa.
- Montoya Upegui, Laura. (1971). *Autobiografía de la Madre Laura de Santa Catalina o historia de las misericordias de Dios en un alma*. Medellín: Bedout.

Montoya Upegui, Laura. (2013). *Autobiografía Santa Laura Montoya Upegui de Santa Catalina o historias de las misericordias de Dios en un alma*. Medellín: Bedout / Carvajal Soluciones de Comunicación. / Ver también: Beata Laura Montoya Upegui. (2008). *Autobiografía o historias de las misericordias de Dios en un alma*. 4 ed. Medellín: Cargraphics. Recuperado de <http://www.colombia.com/especiales/canonizacion-madre-laura/images/Autobiografia-de-la-Madre-Laura.pdf>

Montoya Upegui, Laura. (2015). *La aventura misional del Dabeiba o brochazos históricos sobre los orígenes de la Congregación*. Medellín: Enrique Cuellar Cubides S.A.S.

Montoya Upegui, Laura. (9 mar. 1906). *Carta abierta al doctor Alfonso Castro*. <http://www.universocentro.com/ExclusivoWeb/CartaabiertaalDoctorAlfonsoCastr.aspx>.

Montoya Upegui, Laura. (mar. 2013). “Carta Abierta al doctor Alfonso Castro”. En *Universo Centro*, (2013, marzo), p.p. 12 – 13.

Montoya Upegui, Laura. (s.f.) *Carta abierta al doctor Alfonso Castro, autor de Hija espiritual*. Medellín: Tipografía del Comercio.

Naranjo Mesa, Jorge Alberto. (2008). *Obra completa de Tomás Carrasquilla*. Medellín: Universidad de Antioquia..

Vélez Vélez, Luis Fernando. (jun. – jul., 1974). “El demonio en la obra de la Madre Laura”. *Revista Universidad de Antioquia*. XLIX, 191. Medellín. pp. 143 – 153